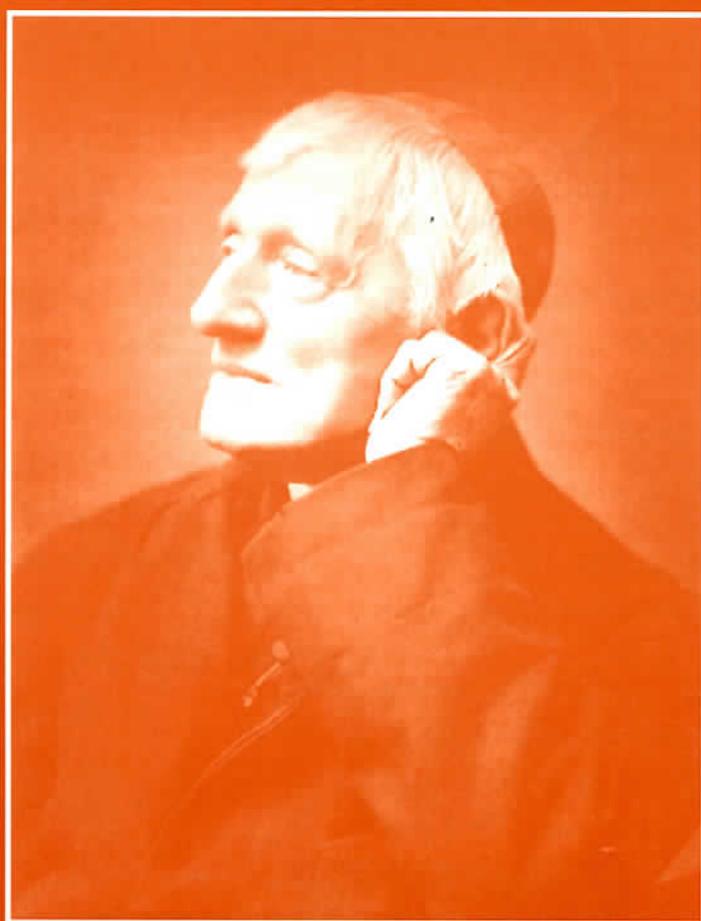


NEWMANIANA

AÑO X - NUMERO 31

NOVIEMBRE 2000



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

LIFT - VAN

INTERNATIONAL CO. S.A.

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m² cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 4445-0230/0282 • 4741-7447/7236/7286 Fax: 4741-7211

NEWMANIANA



Año X - Nº 31
Noviembre 2000

Director
Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Sra. María Teresa Richards de Riva Posse
Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número
Dra. Inés de Cassagne
Lic. Marta Chemes

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Nº 237.216
Propiedad de Fernando María Cavaller
Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. Buenos Aires
República Argentina

Sumario

Editorial

2001 Año newmaniano 2

Sermón

Celebrar los días de los Santos 4

Traducción de Fernando María Cavaller

XIº Encuentro Newmaniano

Newman y la literatura en la universidad . 10

Inés de Cassagne

Sermón

La gloria de la Iglesia cristiana 24

Traducción de Marta Chemes

Meditaciones

El Santo Sacrificio 30

Comentario y traducción P. Fernando María Cavaller

Antología

Lo sagrado en la liturgia 34

International Centre of Newman Friends de Roma

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia



que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

2001 año newmaniano El bicentenario del nacimiento de John Henry Newman

Antes de que el primer número de Newmaniana de 2001 aparezca, ya habrá pasado la insigne fecha que recuerda los 200 años del nacimiento de Newman: el 21 de febrero.

En distintos países tendrán lugar celebraciones en esa fecha y durante todo el año para poner de relieve en un aniversario tan importante la figura del Venerable Cardenal.

En Roma, el International Centre of Newman Friends y la Pontificia Universidad Urbaniana organizan un Coloquio en tres sesiones durante los días 19 al 21 de febrero, con un Acto Académico el mismo día 21. Los temas enfocarán las seis obras mayores escritas de Newman con una introducción sobre su persona y pensamiento (Información al International Centre of Newman Friends, Via Aurelia 257, 00165 Roma).

En Alemania la Katholische Akademie de Friburgo organizará un Seminario titulado "If You Don't Believe, You Will Not Stand At All": la profética experiencia de Dios en Newman en relación a la Iglesia en el mundo post-cristiano, del 11 al 13 de mayo. (Información al Internationale Deutsche Newman Gesellschaft, Werthmannsplatz 3, D-799085 Freiburg im Breisgau).

En Oxford, Inglaterra, tendrá lugar una nueva Oxford Newman Conference titulada "Newman y la Fe", organizada por el Padre Ian Ker (Oxford) y el Dr. Terrence Merrigan (Louvain), del 11 al 15 de agosto en el Keble College (Información Priscilla Frost, Oxford Conference Management, 10b Littlegate Street, Oxford OX1 1QT).

En Estados Unidos de Norteamérica la Venerable John Henry Newman Association in Rensselaer (Indiana) planea su conferencia anual en Dublín, Irlanda, del 6 al 10 de agosto, en coordinación con la de Oxford, incluyendo una Misa en el Oratorio de Birmingham el 11 de agosto, aniversa-

rio de la muerte de Newman, y participando luego en la Conferencia de Oxford (Información al PO Box 1033, Saint Joseph's College, Rensselaer, IN 47978, USA).

En España nuestro grande y admirado amigo el Padre José Morales organizará una serie de conferencias el día 21 de febrero en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (Informaciones en esa Facultad, 31080 Pamplona).

Nosotros celebraremos una Misa el día 21 de febrero en la iglesia Inmaculada Concepción de Tigre a las 20.00 horas, seguida de un ágape. En octubre tendremos el XIIº Encuentro Newmaniano en lugar y fecha que oportunamente avisaremos.

Hace ya muchos años que en Inglaterra se celebra el 21 de febrero un Día especial de oración para pedir la intercesión del Venerable John Henry Newman en orden al milagro que es necesario para su beatificación. Unámonos nosotros desde la Argentina para orar también, pidiendo a Newman para que la Verdad de Cristo ilumine los corazones de los hombres, y guíe especialmente a los hijos de la Iglesia al comenzar el nuevo milenio cristiano.

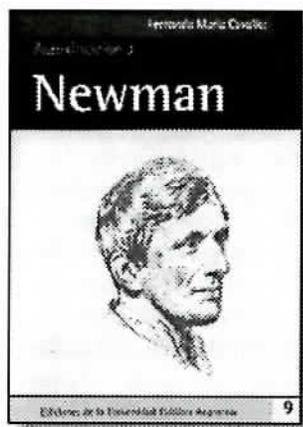
A todos los Amigos de Newman en la Argentina enviamos un cordial saludo de Navidad y Año Nuevo, agradeciéndoles su seguimiento y colaboración, y esperando celebrar juntos con alegría el AÑO NEWMANIANO 2001.

Avisamos a todos que la nueva dirección de la
Asociación será desde el año 2001:
Calle 24 n° 1630 (1900) LA PLATA
Es la sede del Seminario Mayor San José.

Una obra ideal para una
auténtica "aproximación" a
la vida y el pensamiento del
gran cardenal inglés

INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Ealing: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Rama: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.



EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
ARGENTINA



Celebrar los días de los Santos

(Fiesta de Todos los Santos)

COMENTARIO PREVIO

El sermón que traducimos para el lector tiene la virtud de ser apropiado a este tiempo por distintas razones. Primero, porque en los últimos días de este Año Santo conviene meditar precisamente en el llamado a la santidad como vocación universal, y que se ve estimulado cuando se contempla esa multitud de hombres y mujeres que nos han precedido y que gozan ya de la bienaventuranza eterna, al celebrarlos reunidos en la Fiesta de Todos los Santos del 1º de noviembre.

En segundo lugar, Newman, con su habitual agudeza nos pinta una situación de la sociedad que él tenía delante tan semejante a la nuestra, que el sermón parece escrito para hoy, precisamente en lo concerniente al olvido total que hoy padece la sociedad de vivir según un calendario cristiano y santificar las fiestas, como manda la Ley de Dios, rigiéndose solamente por el decurso civil y comercial del trabajo humano, que ya no da tregua ni para el descanso dominical. Recordamos al respecto la hermosa Carta de Juan Pablo II "Dies Domini", donde advierte sobre la urgencia de vivir y promover el derecho del hombre a dar culto a Dios y recobrar el sentido religioso de su existencia. En este sentido hay que recordar que la liturgia, como lugar de la celebración del misterio cristiano, era fundamental para Newman en orden a renovar su tiempo, y lo es hoy según la reiterada enseñanza de la Iglesia. Hay que aplicar esto, como lo hace Newman mismo en el sermón, a nuestro propio país, donde ya casi han desaparecido las festividades religiosas que sean días feriados, de modo de permitir a los cristianos esa renovación, y aún las fiestas cívicas han ido perdiendo también significado de Patria. Es inhumana, y por cierto anticristiana, una cultura del trabajo sin fin, propia del consumismo, donde el descanso está orientado al trabajo y no al revés, como es la enseñanza bíblica. Es evidente que la vida eterna queda borrada de la perspectiva de muchos, y no queda otra cosa que ocuparse de problemas puramente immanentes, reduciendo aún el cristianismo a esa sola dimensión.

En tercer lugar, el sermón es especial para el fin de año al referirse a la espera del Señor, a la vigilancia de la fe que espera la segunda venida de Cristo, en consonancia con la primera venida que celebramos en Navidad, pero lanzados con mirada escatológica a la consumación gloriosa que nos fue prometida, y que a modo de sacramento natural nos remite cada año que culmina, cuánto más cuando ha sido el gran Año Santo Jubilar que abre el Tercer Milenio de la Iglesia. Con este mismo sentido hemos publicado en este número el sermón de Epifanía, "La gloria de la Iglesia cristiana", fiesta con la que S.S. Juan Pablo II clausurará el Año Santo 2000.

SERMON

*Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría,
y hasta los confines de la tierra (Hech 1,8)*

Fueron tantas las obras maravillosas que hizo nuestro Salvador sobre la tierra, que ni el mundo entero podría contener los libros que las recordaran. Ni han sido menos Sus maravillas desde que ascendió a lo alto, esas obras de gracia más elevadas y fruto más perdurable hechas en las almas de los hombres, desde la primera hora hasta el presente, los cautivos de Su poder, los redimidos herederos de Su reino, a quienes ha llamado por Su Espíritu a trabajar en el tiempo oportuno, y ha guiado de esfuerzo en esfuerzo hasta que aparezcan ante Su rostro en Sión. ¡Ciertamente ni el mismo mundo podría contener los recuerdos de Su amor, la historia de tantos Santos, esa "nube de testigos" a quienes hoy celebramos, Su propiedad adquirida en cada época! Reunimos a todos ellos en un solo día, juntamos en el breve recuerdo de una hora todas las más selectas acciones, las vidas más santas, los trabajos más nobles, los máspreciados sufrimientos, jamás vistos bajo el sol. Aún el menor de estos Santos sería la contemplación de varios días. Solo sus nombres, si fueran leídos en nuestra celebración excederían muchas puestas y salidas del sol. Un pasaje de la vida de uno de ellos sería más que suficiente para un largo discurso. "¿Quién contará el polvo de Jacob, y el número de la cuarta parte de Israel?" (Núm 23,10). Mártires y confesores, obispos y doctores de la Iglesia, devotos ministros y hermanos religiosos, reyes de la tierra y de toda la gente, príncipes y jueces de la tierra, hombres jóvenes y doncellas, viejos y niños, los primeros frutos de todos los rangos, edades, y llamados, unidos cada uno en su propio tiempo en el paraíso de Dios. Esta es la bendita compañía que hoy encuentra el peregrino cristiano en las celebraciones de la Iglesia. Somos como Jacob, cuando, en su viaje a casa, fue alentado por una visión celestial. "Jacob se fue por su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios, Al verlos, dijo Jacob: 'Este es el ejército de Dios': y llamó a aquel lugar Majanáyim" (Gén. 32,2).

Y tal ejército fue visto también por los Apóstoles favorecidos, como está descrito en el capítulo

del que está tomada la lectura de hoy. "Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos...Esos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero" (Apo 7, 9.14).

Esta gran multitud, que ningún hombre puede contar, está unida en esta conmemoración de este único día, a la agradable compañía de los Profetas, el noble ejército de los Mártires, los hijos de la Santa Iglesia universal, que descansan de sus fatigas.

La razón de esta disposición de las cosas es como sigue: hace algunos siglos había demasiadas fiestas de Santos, y se convirtieron en una excusa para la holgazanería. Y lo que es peor aún, por una grande o casi increíble perversidad, en vez de glorificar a Dios en Sus Santos, los cristianos les rendían un honor aproximado a la adoración a Dios*. La consecuencia fue que se hizo necesario quitar sus fiestas, y conmemorarlos todos a la vez de manera resumida. Ahora, los hombres se van al extremo contrario. Estas Fiestas, aunque quedan pocas, no se observan debidamente. Así procede la humanidad, que, siempre ingeniándose las para no cumplir con su obligación, cae en uno u otro extremo errado. Vagos u ocupados, los hombres están mal en ambos casos: vagos siendo negligentes con sus deberes para con los demás, ocupados siéndolo con sus deberes para con Dios. Tenemos poco que hacer, sin embargo, con las faltas de los otros: dejémosles pasar por el error del tiempo ocioso bajo la pretensión de observar muchas Festividades, y hablemos más bien de la falta de nuestros días, es decir, de la negligencia en observarlas, y ello bajo la pretensión de estar muy ocupados.

Nuestra Iglesia abrevia el número de Festividades, pensando que es bueno tener pocas, pero cualesquiera sean las consideramos demasiadas. Pues,

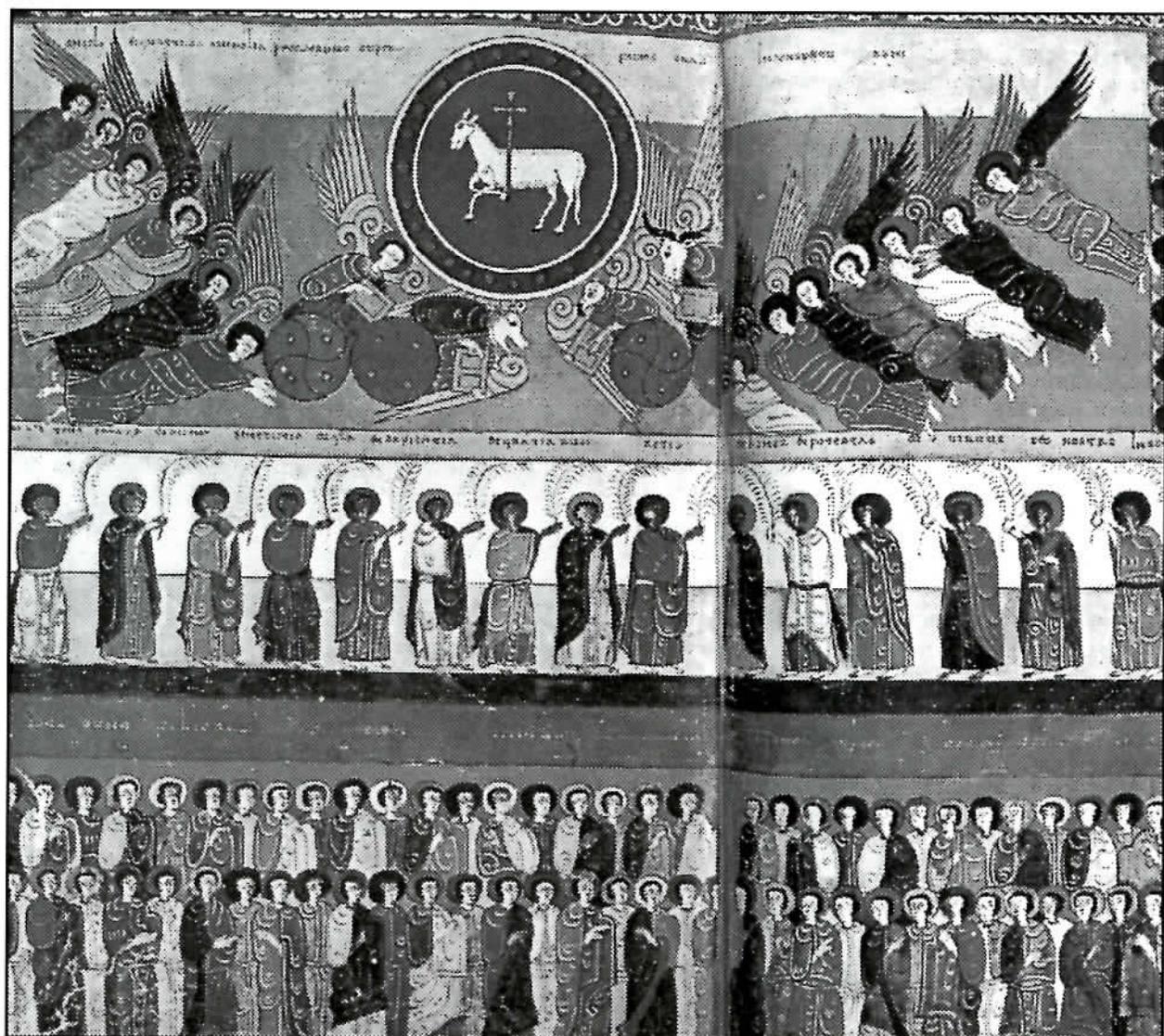
tomados como nación, estamos empeñados en ganar, y damos de mala gana cualquier tiempo que se use sin referencia a nuestros negocios mundanos. Deberíamos reflexionar seriamente si esta negligencia para con los compromisos de la religión no es una gran pecado nacional. Como individuos, puedo fácilmente entender cómo es posible que los pasen por alto. Un número considerable de personas, por ejemplo, no tienen el tiempo a su disposición, pues están de servicio o en negocios, y es su obligación seguir las órdenes de sus patrones o empleadores, que les impide ir a la iglesia. O tienen obligaciones particulares de quedarse en casa, aunque sean sus propios amos. O, podría decirse, que las circunstancias en las que sienten el llamado, o el modo en que es ejercido por otros, puede ser una especie de razón para hacer lo que otros hacen. ¿Puede ser una pérdida mundana tal para ellos dejar su negocio el día de Todos los Santos para ir a la iglesia, como para que les parezca una razón en conciencia para no hacerlo? No deseo dar una opinión sobre este o aquel caso, que es materia que concierne inmediatamente al individuo. Aún así, digo, *en general*, que el estado de la sociedad debe estar defectuoso, cuando hace necesario ser negligente para con los preceptos de la Iglesia. Debe haber una falta *en alguna parte*, y es el deber de cada uno de nosotros purificarse de la parte de falta que tiene, evitando participar en los pecados de otros hombres, y haciendo todo lo posible para que otros puedan librarse también de la culpa.

Digo que esta negligencia para con los preceptos religiosos es una falta especial de estos últimos tiempos. Hubo una época cuando los hombres honraban abiertamente el Evangelio, y por consiguiente, tenía cada uno más medios de llegar a ser religioso. Las instituciones de la Iglesia fueron grabadas sobre el rostro de la sociedad. Las fechas se contaban no tanto por los meses y estaciones, sino por las festividades sagradas. El mundo iba al paso del Evangelio. Los acuerdos legales o comerciales estaban regulados por una ley cristiana. Algo de esto queda aún entre nosotros, pero tales costumbres han desaparecido rápidamente. Para reorganizar el orden de los compromisos son considerados suficientes los niveles de la mera utilidad. Los hombres piensan que es una pérdida de tiempo esperar el curso del año cristiano, y que ganan más con el método del negocio, y el es-

mero, la prontitud, y la claridad en sus transacciones mundanas según el mismo (y quizás realmente *ganan*, pero piensan que *ganan más*), que lo que pierden al abandonar los memoriales de la religión. Realmente los pierden, pierden esas reglas que en tiempos establecidos les hacen pensar en lo concerniente a la otra vida, y, a decir verdad, frecuentemente se gozan en perder lo que interfiere oficiosamente, como lo consideran, con sus esquemas temporales, recordándoles que son mortales.

Veamos otra parte del asunto. Fue alguna vez costumbre que las iglesias estuvieran abiertas todo el día, para que los cristianos pudieran entrar en sus horas libres, y olvidar por algunos minutos las preocupaciones del mundo en ejercicios religiosos. Las celebraciones se fijaban para distintas horas del día, de modo de permitir concurrir en todo o en parte a aquellos que se encontraban cerca. Los que no podían llegar, tenían su libro de iglesia, y podían al menos repetir a veces en privado las oraciones que habían sido ofrecidas en la iglesia la hora anterior. Esta disposición se hizo para el sostenimiento espiritual de los cristianos día por día, para ese pan diario necesario que excede por mucho al "pan perecedero". Ahora todo esto se acaba. No nos arriesgamos a abrir nuestras iglesias de miedo que las profanen en vez de dar culto. En cuanto a un ritual acertadamente arreglado, demasiados de nosotros hemos aprendido a desdeñarlo y considerarlo una formalidad. Así, el mundo ha invadido la Iglesia; el flaco se ha devorado al gordo. Estamos amenazados con años de hambre espiritual, con el triunfo de los enemigos de la Verdad, y con el ahogo, o al menos el debilitamiento de la Voz de la Verdad, ¿y por qué? Todo porque hemos abandonado aquellas observancias religiosas a través del año que la Iglesia manda, que estamos obligados a cumplir, mientras que al abandonarlas hemos dado una suerte de argumento para aquellos que han querido suprimirlas del todo.

Ningún partido integrado por hombres puede mantenerse unido sin encuentros establecidos; sabemos que las asambleas son la misma vida de las asociaciones políticas. Viendo, pues, las instituciones de la Iglesia solo desde un punto de vista humano, ¿cómo podemos tener poder como cristianos si *no* acudimos en tropel a los preceptos de la Iglesia, presentando un rostro valiente al mundo y mostrando que Cristo tiene aún siervos fieles a Él?



Comentario al Apocalipsis, del Beato de Liébana, siglo XI (Madrid, Biblioteca Nacional)

Y por otro lado ¡qué gran poder tendríamos si acudiéramos! Que venir a la iglesia los domingos ayude de este modo, no cabe duda, pero sería una evidencia muchísimo más poderosa de nuestra seriedad por la Verdad, si diéramos testimonio de Cristo con algún inconveniente mundano para nosotros, como sería el caso de algunos en otras festividades. ¿Podemos imaginar un modo de predicación más poderoso para los hombres en general, de predicar a Cristo como una advertencia y una recordación, en el que pueda participar más fácilmente hasta el más ignorante y el más tímido de nosotros, que el que todos los que aman al Señor

Jesucristo sinceramente hicieran la práctica de llenar de bote en bote las iglesias en las festividades semanales y los distintos tiempos sagrados, permitiendo menos, entretanto, que las personas religiosas hagan las miserables ganancias que ciertamente les asegura el interés mayor por la búsqueda de este mundo?

Todavía no he mencionado el beneficio peculiar que se deriva de la observancia del día de Todos los Santos, que reside obviamente en poner ante la mente modelos de excelencia para que los sigamos. Al dirigirnos a ellos, la Iglesia no hace sino

completar el designio de la Escritura. Consideremos que gran parte de la Biblia es histórica, y que mucho de la historia es meramente la vida de aquellos hombres que fueron instrumentos de Dios en sus respectivas épocas. Algunos de ellos nos son modelos para nosotros, otros muestran las señales de corrupción bajo las cuales yace universalmente la naturaleza humana, pero los principales de ellos son ejemplos de especial fe y santidad, y son puestos ante nosotros con la intención evidente de excitarnos y guiarnos en nuestra vida religiosa. Tales son, sobre todo, Abraham, José, Job, Moisés, Josué, Samuel, David, Elías, Jeremías, Daniel, y otros como ellos, y en el Nuevo Testamento, los Apóstoles y Evangelistas. Primero de todos, y en Su propia gloria incommunicable, nuestro bendito Señor mismo nos da un ejemplo, pero Sus siervos fieles nos guían hacia El y confirman y diversifican Su modelo. Ha sido, pues, el deseo de nuestra Iglesia en el día de sus Santos mantener el principio, y establecer un modelo, de esta peculiar enseñanza escriturística.

Y nosotros, hoy, tenemos particular necesidad de la disciplina de conmemorar el día de los Santos, para acordarnos a nosotros mismos. Es una culpa de estos tiempos (porque no tenemos nada que ver con las culpas de otros tiempos) despreciar el pasado en comparación al presente. Raramente podríamos abrir alguna de las publicaciones más iluminadas o populares del momento sin dar con algún panegírico sobre nosotros mismos, sobre la iluminación y la humanidad de la época, o con algunas notas despectivas sobre la sabiduría y las virtudes de tiempos pasados. Ahora bien, es una cosa muy saludable bajo esta tentación de engriementamiento que se nos recuerde: que en todas las más altas calificaciones de la excelencia humana hemos sido muy sobrepasados por hombres que vivieron siglos atrás, que fue establecido entonces un nivel de verdad y santidad que no es probable que alcancemos, y que pensar llegar a ser más sabio y mejor, o más aceptable a Dios, de lo que ellos fueron, es un mero sueño. Aquí se nos enseña el verdadero valor y la relativa importancia de los variados dones de la mente. Los aparatosos talentos de los que se enorgullece esta época, se desvanecen ante el verdadero metal de los Profetas y los Apóstoles. Su cacareado "conocimiento" no es sino una sombra de "poder" frente a la vigorosa fuerza de corazón que mostraban, pudiendo hacer con calma milagros morales, tanto como hablar con la-

bios de inspirada sabiduría. ¡Si pudieran San Pablo o San Juan levantarse de entre los muertos! ¡Cómo se reducirían a nada los insignificantes filósofos que ahora consideran como propios el intelecto y la virtud iluminada, ante aquellas bien templadas y afiladas armas del Señor!

¿No hemos llegado a esto, no es nuestra culpa como nación que, si no los mismos Apóstoles, al menos el sistema eclesiástico que ellos idearon y el orden que fundaron son vistos con frialdad y falta de respeto? ¿Qué pocos hay que miren con interés reverente a los Obispos de la Iglesia como a sucesores de los Apóstoles, honrándolos, si lo hacen, meramente porque les agradan como individuos y no por pensar en la peculiar sacralidad de su oficio! ¡Bien, que sea!, el Fin debe llegar alguna vez. No puede ser que las cosas permanezcan así aún. La Iglesia de Cristo es indestructible, y perdurando a través de todas las vicisitudes de este mundo, *debe* resurgir nuevamente y florecer, cuando las pobres creaturas de un día que se le opusieron se hayan desmoronado en el polvo. ¡Ningún arma forjada contra ti tendrá éxito!" (Is 54,17). "No te alegres de mí, enemiga mía, porque si caigo, me levantaré, y si estoy postrada en tinieblas, el Señor es mi luz" (Miq 7,8). Mientras tanto no olvidemos nuestro deber, que es, según el ejemplo de los Santos, llevar nuestra cruz dócilmente, y rezar por nuestros enemigos.

Estos pensamientos son apropiados para grabarlos en nosotros al terminar, como hacemos ahora, las Fiestas anuales de la Iglesia. Cada año trae maravillas. No sabemos ningún año qué prodigios ocurrirán antes de que el ciclo de festividades se haya acabado otra vez, desde la fiesta de San Andrés hasta la de Todos los Santos^{**}. Nuestro deber es esperar la venida de nuestro Señor, preparar Su camino ante El, orar para que cuando llegue seamos encontrados vigilando, orar por nuestro país, por nuestro Rey y todos los que tienen autoridad debajo suyo, para que Dios conceda luz a las inteligencias y cambie el corazón de los hombres en el poder, y los haga actuar en la fe y temor a El, por todos los órdenes y condiciones de hombres, y especialmente por esa rama de Su Iglesia que ha plantado aquí^{***}. No olvidemos, en nuestro legítimo y conveniente horror hacia los hombres malos, que tienen alma y que no saben lo que hacen cuando se oponen a la Verdad. No olvidemos que somos hijos de Adán pecador tanto co-



Comentario al Apocalipsis, del Beato de Liébano, siglo XI (Madrid, Biblioteca Nacional)

mo ellos, y hemos tenido ventajas sobre otros hombres para ayudar a nuestra fe y obediencia. No olvidemos que, al ser llamados para ser Santos, somos llamados por eso mismo para sufrir. Y si sufrimos, no debemos pensar que es extraño considerando el fiero proceso que es ponernos a prueba, ni engrésarse por nuestro privilegio de sufrir, ni traer sufrimiento innecesariamente sobre nosotros, ni ser ansiosos en distinguir lo que hemos sufrido por Cristo, cuando no hemos sufrido sino por nuestras culpas, o de ninguna manera. Quiera Dios darnos gracia para actuar según estas reglas, así como para adoptarlas y admirarlas, y para no decir nada por decirlo, sino ¡hacer mucho y decir poco!

Comentario y traducción
del P. Fernando María Cavaller

* Aquí, el juicio lo hace Newman acentuando excesivamente la cuestión, dada su procedencia calvinista y lue-

go evangélica, dentro del anglicanismo que, cuando escribe el sermón, todavía tenía alguna influencia sobre el culto a los santos, a quienes sobre todo no se los consideraba intercesores válidos. Solamente en vísperas de su conversión al catolicismo, y después de un sesudo análisis de la historia, aceptaría la verdad del culto popular católico, sin pensar que fuese una corrupción de las prácticas romanas. Aún así, para lo que quiere decir en el presente sermón, es aceptable señalar, como lo hace, un exceso que ciertamente ocurrió, especialmente para oponerlo al exceso contrario moderno.

** Se trata del ciclo litúrgico de las Fiestas de los Santos, que en la Iglesia anglicana comenzaba con San Andrés, el 30 de noviembre, en el inicio del Adviento y culminaba con Todos los Santos, el 1º de noviembre. El Tract nº 56 de 1834 nos da la enumeración y detalle de todas las festividades que debían celebrarse. Es de notar que precisamente esto fue uno de los fundamentos del Movimiento de Oxford que Newman lideró buscando renovar la vida del anglicanismo.

*** Se refiere a la Iglesia de Inglaterra, que según la "teoría de las ramas" que Newman sustentaba por entonces, era una de las tres ramas de la Iglesia Católica, junto con la romana y la ortodoxa, concepción que luego combinó con su "Vía Media", en la que el anglicanismo se consideraba en el medio correcto entre la herejía protestante y los excesos romanos, y que finalmente abandonó por considerarla una abstracción sin sustento real, en el proceso de su conversión al catolicismo.

XI° Encuentro Newmaniano, 11 de agosto de 2000
Universidad Católica Argentina

Newman y la literatura en la universidad católica

Dra. Inés de Cassagne

Para calibrar la importancia que Newman le asigna a la literatura dentro del curriculum de una Universidad –y específicamente de una Universidad Católica– contamos con los nueve discursos que pronunció al serle encomendada la fundación y organización de la Universidad Católica de Irlanda, como rector de la misma, más el que pronunciara al inaugurar en ella la Facultad de Filosofía y Letras y otros dos que los complementan. Estos discursos pasaron luego a integrar un volumen, titulado *La idea de una Universidad*, libro que el propio autor coloca entre sus cinco obras principales.¹

La literatura aparece a los ojos de Newman como un instrumento privilegiado e insoslayable de la educación universitaria, y por ello hemos de empezar exponiendo lo que él piensa en general sobre el cometido y el fin de la Universidad. Se trata de conceptos que provienen tanto de su visión histórica (cómo fueron y se desarrollaron las universidades en Occidente) como de su experiencia universitaria en Oxford. Es este doble conocimiento el que avala todos sus asertos, dentro de los cuales figura también, como elemento indispensable, el aporte de la Fe que dispensa la Iglesia. En el *Prólogo* comienza diciendo:

“La visión de la Universidad adoptada en estos discursos radica en la idea de que la Universidad es un lugar que enseña saber universal”.

“Así es una Universidad en su esencia, e independientemente de la relación con la Iglesia. Pero...la Iglesia es necesaria para que una Universidad esté completa...la Iglesia consolida a la Universidad en el cumplimiento de su tarea.”²

De hecho, las universidades europeas nacieron a impulsos de la Iglesia, también la Universidad de Oxford, en su época, dependía de la Iglesia Anglicana. Y en momentos en que se trataba justamente de proveer una institución para los católicos irlandeses, Newman destaca que el Papa la promovía “convencido de que la Verdad es su auténtica aliada, y de que el saber y la razón son ministros seguros de la Fe.” (id, p.19). Esta indicación resulta de sumo interés pues revela una posición tradicional de la cual también hoy en día es exponente la encíclica *Fe y Razón* de S.S. Juan Pablo II.

**Cometido de la Universidad:
la educación del intelecto**

A lo largo de todos los discursos, Newman se dedicará a subrayar que el cometido primordial de la



John Henry Newman en 1868, por R. R. Venables (Oxford Oratory).

Universidad es “educar el intelecto”, es “poner la mente en forma” (id, p.20), es decir, actualizar sus potencias y activar sus facultades para percibir y pensar bien.

En tal sentido, Newman empieza señalando los escollos que hay que corregir y superar. En primer lugar observa:

“Los jóvenes carecen inicialmente de principios sobre cuya base construir su intelecto, de convicciones que les ayuden a juzgar, y de capacidad para captar las consecuencias de ideas y acciones. Hablan...a tontas y a locas...deslumbrados por los fenómenos, en vez de percibir las cosas tal como son.” (id, p.21)

Y no es sólo problema de los jóvenes:

(Hasta vemos) “hombres crecidos que hablan de asuntos políticos, morales y religiosos, y lo hacen de ese modo improvisado y necio que llamamos irreal. ‘Sencillamente no saben de qué hablan’, suele observarse...Se contradicen..., no advierten el punto decisivo...o se muestran tercamente obstinados y

llenos de prejuicios... Es un mal que se nos cruza (constantemente)...al que los católicos están expuestos como los demás.” (Id, p.21)

Tras observar estos defectos de los “intelectos superficiales y educados a medias”, Newman encara otra situación que dificulta la educación del intelecto:

“Uno de los principales males de esta época es pensar que un intelectual...es una persona llena de ‘opiniones’ sobre todos los temas de la filosofía y todas las cuestiones de actualidad. Se considera casi una desgracia carecer de opinión propia, formulada en el momento, sobre todo asunto, desde el credo de los Adventistas hasta el cólera o el mesmerismo (prácticas hipnóticas del médico austríaco Mesmer). Es un hecho que obedece en gran medida a las exigencias del periodismo, del que hay ahora tanta demanda. Cada cuatro meses, cada mes, cada día debe haber una oferta, para la distracción del público, de nuevas y luminosas teorías acerca de la religión, la política exterior, la política interior, la economía, las finanzas, el comercio, la agricultura, la emigración...etc..., temas que deben ocupar, día tras día, la atención de los que se llaman pensadores originales. Como el anfitrión ha de ofrecer buenas historias o canciones al final del banquete..., también el periodista se ve en la ineludible obligación de improvisar sus lúcidas opiniones, cruciales ideas, y verdades resumidas para la hora del desayuno.

“La naturaleza misma de la literatura periodística, partida en trozos pequeños, y exigida puntualmente a su hora, involucra el hábito de esta filosofía improvisada... Existe hoy una demanda de irresponsable originalidad de pensamiento (que obliga) a exhibirse diariamente ante el público con todas sus galas, con un vestido nuevo y diferente...”.

Este diagnóstico se aplica hoy en día, y se agrava más, cuando al periodismo se han agregado la radio, la televisión, el internet (sin hablar de las carreras universitarias que dan títulos en “ciencias de la comunicación”... Esto crea un grave problema, pues, al decir de nuestro autor,

“La autoridad que en otros tiempos se alojaba en las Universidades reside ahora principalmente en ese mundo literario (periodístico)...que ‘es tan improvisada, ambiciosa y mudable’. “La gravedad de esta lamentable situación aumenta por el hecho de que una gran parte de esos escritores son anónimos”

y "aunque sean conocidos, no pueden ofrecer mejor garantía de la verdad de sus principios que la popularidad del momento y su alegre conformismo en el tono ético con la época que los admira." (id, p.22)

Frente a esta conformidad indiscriminada a "la demanda", Newman pide que se deslinden los campos y que al menos los católicos reaccionen para que su Universidad recobre la autoridad formativa que le corresponde:

"A nosotros concierne, al menos, que nuestros tribunales literarios y nuestros oráculos de deber moral presenten un carácter más serio. Al menos es cuestión de honda solicitud para los Prelados católicos que sus fieles aprendan una sabiduría libre de excesos y fantasías individuales, que se encarne en instituciones que han resistido la prueba y recibido la sanción de siglos".

"Nosotros -los católicos- poseemos una herencia excelente." (id, p.22)

Hasta aquí el Prólogo. Y en el discurso VI, titulado *La educación del intelecto en la Universidad*, vuelve a insistir:

"El cometido de una Universidad, tal como nos lo enseña la historia, es aplicarse a la educación del intelecto".

"La Universidad educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad, y la asimile."³

Para aclarar este concepto, pasa a exponer y discutir los "errores y equívocos que perturban hoy el tema de la educación universitaria" y, empezando por el más frecuente, dice:

"La mayoría identifica la cultura mental con la mera adquisición de conocimientos y es cierto que el saber es condición de la expansión de la mente" pues "hace falta mucha lectura y un amplio acopio de información para que alguien se anime a avanzar sus opiniones en un tema serio" y "sin esos conocimientos, la mente más original puede tal vez deslumbrar, divertir, refutar, confundir, pero no llegar a una conclusión fehaciente".

"La expansión intelectual de la que hablamos no consiste meramente en la recepción pasiva, dentro de la mente, de un cúmulo de ideas hasta el momento desconocidas, sino en la acción eficaz y simultánea de la mente hacia esas nuevas ideas y sobre ellas. Se trata de la acción de un poder formativo que produce

orden y da sentido a la materia de nuestras adquisiciones intelectuales" (id, p.17).

Se trata, pues, de una auténtica "activación de la mente", para recibir y responder ordenando, relacionando, jerarquizando y sintetizando los conocimientos:

"Sólo es expansión de la mente la capacidad de ver muchas cosas a la vez como una totalidad, de referirlas a su lugar apropiado en el sistema universal del saber, de entender su respectivo valor, y de determinar su dependencia recíproca" (id, p.18).

Concluye entonces que limitarse simplemente a "adicionar conocimientos", o "abundar en informaciones de detalle", si no hay "atención" ni "observación" y "generalización", da "anticuarios" o "eruditos":

"Hay autores que son tan vacíos como inagotables en recursos literarios. Miden los conocimientos por el volumen, tal cómo aparecen en la cantera, sin simetría ni orden (¡juntan fichas!).

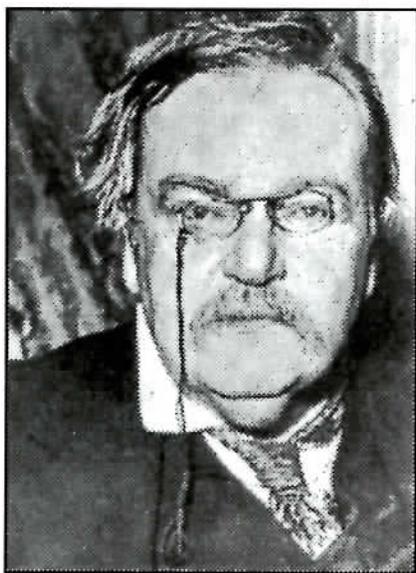
¡Cuántos son los comentadores de los clásicos y de la Sagrada Escritura cuyas obras terminamos de leer preguntándonos por la clase de saber que ha pasado ante nosotros!...meros repertorios de erudición" (id, p.19).

Otro "error", e impedimento para la expansión intelectual, puede ser atarse servilmente a la memoria:

"No niego que una memoria fuerte y dispuesta no sea en sí misma un verdadero tesoro. No estoy denigrando a una mente bien equipada...pero no supone una gran ganancia para el intelecto ensanchar la memoria a expensas de facultades más altas."

"No olvidemos que la memoria puede tiranizar tanto como la imaginación". "Una vez que se ha puesto en movimiento, la mente se ve privada en estos casos de su poder de impulso, y es víctima de un tren de asociaciones en el que un pensamiento sugiere otro, al modo de causa y efecto, como un proceso mecánico o una necesidad física" (id, p.19).

¡Y este mal se ve agravado en nuestros días, con la memoria mecánica de la computadora y del internet y la tentación del "zapping"! Al igual que la memoria, deberían mantenerse como medios, y no como fines. Resulta actual entonces la advertencia



Gilbert Keith Chesterton (1874-1936)



Thomas Stearns Elliot (1888-1965)

con que nos previene Newman: La “locura” –dice– es que la mente “pierda el control” y quede así librada a “intrusiones arbitrarias desde afuera”. En todos los casos:

“La equivocación estriba en haber distraído y debilitado la mente con una absurda profusión de temas” –en la “superficialidad”, en la “disipación” de la mente por la acumulación pasiva de “nombres científicos de cosas y personas”, “la asistencia a conferencias, la pertenencia a instituciones científicas”. “El aprender así se hace sin esfuerzo ni atención, sin fundamento, ni avance, ni fin. Aquí radica lo asombroso de nuestro tiempo. Lo que hace la máquina con la materia, lo hace la imprenta con la mente. Actúa mecánicamente, y la gente se mostrará pasiva, ilustrada casi inconscientemente, ante la simple multiplicación y difusión de volúmenes impresos.” (id, p.20)

Lo peor es que el scholar y el estudiante sean también “víctimas de este ridículo y pernicioso engaño”...y que hasta se vean “obligados a transigir con una mentalidad a la que no podían resistir” (id, p.20). De allí su admonición.

“La imprenta y las bibliotecas serán de gran ayuda, pero hemos de tomar parte en la tarea”. “Debéis estar por encima de vuestros conocimientos, no bajo ellos” (id, p.21).

Queda claro entonces que la mera recepción mecánica y la simple acumulación pasiva de cono-

cimientos –sea por los medios que sean– no pueden ser confundidos con la auténtica actividad de la mente. Ésta ha de ser activada para elaborar lo recibido y lograr una visión sintética y verdadera:

“La educación del intelecto –concluye– significa ponerlo en condiciones para llegar a una visión filosófica y comprensiva.” (Id, p.20)

En el discurso VII puntualiza:

“La VERDAD, del tipo que sea, es el objeto propio del intelecto. Cultivar el intelecto significa por tanto hacerlo apto para aprehender y contemplar la verdad”.

Y agrega que ello requiere “un entrenamiento”:

“Semejante capacidad es el resultado de la formación, es una facultad adquirida de juicio, lucidez, sagacidad, sabiduría, alcance filosófico de la mente, autoposición intelectual y reposo, cualidades todas ellas que no derivan de la simple adquisición de conocimientos. El ojo corporal, que es el órgano para ver los objetos materiales, se nos da por naturaleza. El ojo de la mente, cuyo objeto es la verdad, es obra de la disciplina y el hábito.”⁴

Por la disciplina se logra el hábito –al igual que en el caso de los hábitos morales “virtudes”–. Pues no se trata de algo que se logra fortuita u ocasionalmente –no es cuestión de pensar bien a veces–,

sino del hábito intelectual, o virtud intelectual, que consiste en tener habitualmente “ojo” para la verdad, para buscarla y dirigirse siempre hacia ella.

“Este proceso por el que el intelecto...es educado en aras de sí mismo, para la percepción de su objeto propio y su más alto cultivo, se llama educación liberal, ... (y aunque no todos lleguen a igual nivel, es objetivo de la Universidad) el proponer el modelo ideal y procurar que todos los alumnos avancen hacia él según la propia capacidad” (Id, p.23).

La educación liberal, objetivo de la Universidad, es un fin en sí misma.

La adquisición y ejercicio de este hábito, el pensar bien habitualmente sobre todas las cuestiones, temas, realidades, este pensar no pasivo sino activo –abarcativo, profundo, estableciendo relaciones, constructivo de síntesis– constituye un fin en sí mismo, no en vistas a nada ulterior (utilidad, producción, profesión). Por ello mismo, esta educación que libera el intelecto para dirigirse sin trabas ni condicionamientos a la verdad, se llama *educación liberal*.

La “utilidad”, la practicidad, en todo caso, son su consecuencia pues “un intelecto cultivado lleva consigo un poder y unos recursos aplicables a cualquier trabajo u ocupación que acometamos y nos capacita para ser más útiles a un mayor número de personas en la sociedad a la que pertenecemos” (Id, p.27). Y otras consecuencias más resultan de esta universidad que “no se contenta con formar al crítico o al experimentalista, al economista y al ingeniero, aunque también lo incluye entre sus fines”. Ellas son: “elevar el tono intelectual de la sociedad, cultivar la mente pública, purificar el gusto nacional, facilitar principios verdaderos al entusiasmo popular y metas nobles a las aspiraciones ciudadanas, proporcionar amplitud y sobriedad a las ideas del momento, hacer más suave el ejercicio del poder, y refinar el trato en la vida privada”. Por su parte, la persona así educada “tiene la serenidad de una mente que vive en sí misma, a la vez que vive en el mundo”; “dispone de un don que le ayuda en público y le apoya en su retiro, sin el cual la buena fortuna sería vulgar y con el cual el fracaso y el infortunio adquieren encanto” (id, p. 30).

De modo que, si llevamos estos conceptos al lenguaje que hoy se estila y preguntamos por el

“perfil del egresado”, podríamos contestar que es el de un hombre (o mujer) bien educado, filósofo, no sólo capaz de pensar bien en temas profesionales, sino también capaz de pensar bien siempre, libre de presiones utilitarias o modísticas, buscando la verdad con una mente libre –entrenada para hacerlo.

La literatura en el marco de la educación liberal

Si nos preguntamos ahora sobre los medios para formar tal egresado, Newman nos responde:

“El primer paso del entrenamiento intelectual consiste en inculcar en la mente de un joven las ideas de la ciencia, método, orden, principio, y sistema, así como regla y excepción, de riqueza y armonía. Esto suele conseguirse muy bien haciéndole empezar por la Gramática; y no puede emplearse con este propósito demasiada precisión, o atención al detalle o sutileza en la enseñanza. De ahí que este entrenamiento crítico (that critical scholarship) sea tan importante para el estudiante cuando deja la escuela para ir a la Universidad...(junto con) la composición métrica cuando estudie Poesía, con el fin de estimular sus capacidades mediante todos los modos posibles, y de impedir una recepción meramente pasiva de imágenes e ideas, que saldrían de la mente tan pronto han entrado en ella. Si el joven estudiante adquiere este hábito de método, de comenzar a partir de puntos bien establecidos, de consolidar su terreno a medida que avanza, de distinguir lo que sabe de lo que no sabe, entiendo que se iniciará gradualmente en las más amplias y verdaderas perspectivas filosóficas (philosophical views), y no sentirá sino impaciencia y disgusto hacia las teorías improvisadas y los aparatosos sofismas, y las audaces de todo tipo....”⁵

Indudablemente, la gramática es concebida aquí en el sentido amplio que se le daba tradicionalmente: como iniciación a las letras. Era por ello considerada la primera de las Artes Liberales, como el primer paso de la educación intelectual no sólo para quienes han de dedicarse a las disciplinas literarias, sino en general como base para cualquier otro tipo de estudio. Esta iniciación a las Letras que implica un cierto método y estudio de reglas, más un logro de discernimiento al ponerse en contacto con la belleza y la armonía –como aquí lo recalca Newman–, contribuye por ello decisivamente a activar la mente arrancán-



Clive Staples Lewis (1898-1963)

dola de esa “pasividad” tan nociva que la llevaría a aceptar indiscriminadamente cualquier tipo de textos e ideas. De allí también que, en el plan tradicional de las Artes Liberales, la gramática preparase para las que le siguen dentro del *trivium*: la retórica o arte de hablar bien, y la Lógica o arte de pensar bien. Y así todo el *trivium*, contribuye a formar la mente para una recta visión filosófica, que es el fin de la educación universitaria. De allí también que, terminado el *trivium* y alcanzada esta meta, se le concediese al egresado el título de “*Master of Arts*”.

Y no sólo eso. Newman señala que, en la Universidad medieval, los “*Masters of Arts*” —lo que nosotros llamaríamos hoy los laureados en Filosofía y Letras— fueron quienes rigieron el cuerpo directivo.⁶ Lo señala al inaugurar la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Dublín (en noviembre de 1854), en una conferencia consagrada a resaltar la preeminencia de dicha Facultad. No sólo históricamente, pues ella “existió antes que las otras facultades”; sino también esencialmente (contra lo que en sus días se estimaba) por su rol capital dentro de la formación universitaria. Dice a este respecto:

“Por más que esta Facultad figure apenas en un segundo lugar en el sistema académico, ella se impone en cuanto consideramos que los estudios que esta

Facultad comprende son de hecho materias-clave en los ejercicios mentales propios de una Universidad” (id,p.267).

Y es en esta misma conferencia que se dedica a demostrar la importancia de las Letras en la tradición educativa de Occidente, empezando por los antecedentes de la Antigüedad greco-romana:

Primero en Grecia, encontramos a Homero, cuyas epopeyas se convirtieron en el primer “libro de texto de la educación antigua”, y “con el tiempo, con otros poetas que le fueron asociados en la tarea educativa: Hesíodo, los Trágicos”, las letras fueron el fundamento de la educación liberal, de donde resultaron a la larga la Gramática, la Retórica, y con la Lógica y las Matemáticas (Geometría, Aritmética, Astronomía y Música), las “Siete Artes Liberales”:

“Así se formó una definida escuela del intelecto, fundada sobre ideas y métodos de un carácter distintivo, el más alto y verdadero.” (Id, pp. 274, 275, 276)

Llama la atención que esta “tradición se mantuvo”, pasando a Roma y de allí integrada con el Cristianismo, hasta los tiempos modernos. Y recalca:

Es “impresionante este hecho, que la literatura de Grecia, continuada y enriquecida por la literatura de Roma, junto con los estudios que involucra, haya sido el instrumento de la educación, y el alimento de la

civilización, desde los primeros tiempos hasta el día de hoy" (Id, p.277).

Pasa entonces a considerar el proceso histórico que les confirió a estos estudios un papel tan relevante en las Universidades a partir del Medioevo. De hecho, dice, fue la "enseñanza característica de las Universidades", cuya constitución en la Edad Media fue impulsada por la Iglesia a partir de dos instituciones previas –las Escuelas monásticas y las Escuelas catedráticas–, y se pregunta:

"¿Cómo es que, por más que el genio de las Universidades es tan diferente del de las escuelas que las precedieron, sin embargo lo que éstas enseñaban no fue reemplazado por esas ciencias más brillantes que las Universidades introdujeron?" (id., p.278).

Newman responde que aquella educación de las escuelas monásticas y seculares "estaba basada en el carácter específico de esa civilización que está tan íntimamente asociada con el Cristianismo":

Es por ello que las ciencias que se abrieron paso en las Universidades medievales –la Teología Escolástica, el Derecho, la Medicina–, "por más grandes que fueran su dignidad y utilidad, nunca llegaron a desplazar aquel cultivo de la mente –más real y propio– que se efectúa mediante el estudio de las Artes Liberales." Además, cada vez que éstas peligraron (ante la imposición exclusiva de alguna ciencia), hubo quienes las defendieron (como Juan de Salisbury en el siglo XII, o como Petrarca en el siglo XIV, y más adelante los humanistas del Renacimiento) "y así el peligro pasó, y (las Artes Liberales) recobraron su antiguo lugar, y se las reconoció, como antes, como los mejores instrumentos del cultivo intelectual, y como las mejores garantías del progreso intelectual" (Id, p.278).

Newman declara entonces que "esa experiencia del pasado podemos aplicarla a las circunstancias actuales". Y si él se refiere a su siglo, el XIX, lo mismo podemos decir nosotros, cada vez que se contestan las Humanidades en pro de una enseñanza únicamente "utilitaria". Vale siempre su distinción:

"Una cosa es avanzar en las artes útiles, y otra es cultivar la mente" (Id, p.280).

Ambas cosas son importantes, pero esta última es insoslayable incluso para quienes se dedicarán posteriormente a las profesiones útiles. En otro de los discursos que componen La idea de una Universidad, ya había encarado Newman esta discusión –tan frecuente– entre el saber útil y la educa-

ción liberal, y había afirmado que la literatura contribuye a ampliar el panorama de los meramente "profesionales". En su apoyo citaba a Co-pleston, quien observa que la contraparte de la especialización (buena en su campo) es "degradar el ser racional" y dice: "En la medida en que su esfera de acción se contrae, disminuyen sus poderes y hábitos mentales, y acaba asemejándose a una pieza subordinada de una maquinaria, útil en su lugar, pero insignificante y sin valor fuera de él". Y prosigue la cita:

"La sociedad necesita alguna otra contribución de cada individuo, aparte de los deberes particulares de su profesión. Si no se establece una interrelación liberal semejante, es un defecto común de la naturaleza humana enredarse con opiniones e intereses mezquinos, disminuir la importancia de todo lo que no tiene que ver con cada uno, y llevar nuestras ideas particulares a situaciones donde resultan inaplicables, y actuar, en definitiva, como una multitud de piezas desconectadas que se desplazan y repelen unas a otras." "En el cultivo de la LITERATURA se encuentra este vínculo común que, entre los variados campos de la vida, une las estridentes divisiones y subdivisiones en un único interés, y que proporciona temas comunes, y enciende comunes sentimientos."⁷

Queda demostrado entonces que esa "escuela del intelecto" que son las "Artes Liberales" y, dentro de ellas, lo que más tarde se llamaron las "humanidades clásicas" con principal énfasis en lo literario, constituye una base común para todos.

Letras profanas y Letras Sagradas:
"separarlas sería retroceder"

Pero en aquella conferencia con que inauguró la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Newman va todavía más lejos. Es allí donde, echando un vistazo al desarrollo de los estudios en Occidente, muestra cómo las Letras clásicas profanas, heredadas de la antigüedad greco-romana, confluyeron en un momento con las Letras Sagradas y de allí prosiguieron juntas. Allí sostiene que nuestra Civilización Occidental está hecha de la confluencia del saber clásico antiguo y la Revelación cristiana, y por ello a esta conferencia le dio por título "*Cristianismo y Literatura*".

Llegados a este punto, estamos ya en nuestro tema: la literatura en la Universidad Católica. Tras haber afirmado que "una cosa es avanzar en las

artes útiles, y otra es cultivar la mente”, hace esta declaración:

“La mente se cultiva mediante las Letras Sagradas y las Letras profanas, dos cosas que en nuestra civilización desde la edad patristica han sido inseparables. “Separarlas sería retroceder”.⁸

No sólo sería retroceder al pasado, según aquí explica, diciendo que sería algo así como “querer reedificar el templo de Jerusalén y plantar de nuevo el bosque de la Academia”, sino también sería un retroceso en cuanto, separadas, quedarían incompletas. Newman las ve complementarias, por ello inseparables, y a este asunto le dedica atención en su discurso VIII, *“El saber liberal considerado en relación con la religión”*.

Para justificar esta relación y reunión, resume previamente sus asertos esenciales sobre el saber liberal que es la meta de la educación universitaria.

He aquí su razonamiento:

“He tratado, en primer lugar, de establecer el principio de que el Saber constituye su propia recompensa, y he mostrado que, cuando se le considera bajo esta luz, se le llama Saber Liberal, y es el objetivo de las instituciones académicas.

“Luego he examinado lo que se entiende por Saber cuando decimos perseguirlo por sí mismo”: ... “que su materia no debe ser admitida en la mente de modo pasivo, como simple adquisición, sino que debe ser elaborada y hecha propia como sistema con partes relacionadas mutuamente, que se interpretan unas a otras en la unidad de un conjunto.”

Pues se trata de una “contemplación filosófica”... que supone una “expansión de la mente” y que constituye “el desarrollo más adecuado de la mente, y su mejor condición, porque le asegura la percepción de las cosas tal como son, o la percepción de la verdad, en oposición a la fantasía, las teorías y las opiniones, y porque presupone la perfección de sus diversas potencias.”⁹

De allí se derivan estas conclusiones:

“Para entrar en posesión entera de la verdad, necesitamos hacernos con la verdad completa”; “todo el saber profano no constituye la totalidad de la verdad” y la verdad revelada “afecta en gran medida el campo de la ciencia, la filosofía y la literatura, de modo que dejarla de lado con el objeto de engrandecer

*la ciencia profana significa para ésta un gran perjuicio”.*¹⁰

A continuación veremos cómo aplica estas tesis a diversos aspectos y manifestaciones de las letras.

La literatura como “archivo de la experiencia humana en el orden natural —o “como estudio de la naturaleza humana”— “El catolicismo aporta las realidades olvidadas”

En primer lugar, enfocando la literatura en cuanto se presenta como “archivo de la experiencia humana en el orden natural —o “como estudio de la naturaleza humana”— Newman declara en su discurso IX, *Deberes de la Iglesia hacia el saber*:

“Si la presencia de la Iglesia es necesaria en las escuelas de las ciencias, resulta aún más imperativo en la otra gran constituyente de la materia para una educación liberal, que es la literatura.” “La literatura es para el hombre lo que la autobiografía es para el individuo: su vida y sus memorias.” “El hombre es este ser sensible, inteligente, creativo y operativo, independientemente de toda ayuda extraordinaria del Cielo o de una creencia religiosa determinada; y la literatura lo representa como tal: es la vida y la memoria del hombre natural, inocente y culpable.”¹¹

Y “puesto que el hombre nunca seguirá en un estado de simple inocencia, pecará, y su literatura será expresión de su pecado, sea pagano o cristiano.”. De modo que “la literatura...es la historia, en parte del hombre natural, y en parte del hombre rebelde.” (Id, p.31)

He aquí un problema que la Universidad Católica ha de encarar, y al que Newman contesta de una manera realista:

“Nos encontramos aquí, por lo tanto, con una dificultad mayor de la que afecta el cultivo de la ciencia... Alguien podría decirme: ‘Nuestra juventud no se corromperá. Prescindiremos de toda clase de literatura universal o nacional, si se presta a objeciones. Tendremos una literatura cristiana propia, tan pura y verdadera como la judía’. No podéis tenerla. No digo que no podáis formar una literatura selecta para los jóvenes, e incluso para las clases medias y bajas. Hablo ahora de la educación universitaria, que implica un extenso campo de lecturas y tiene que ocuparse de las conocidas obras del genio, o de lo que podemos llamar clásicos de una lengua. Afirmino, pues, que por la misma

naturaleza de las cosas, si la literatura ha de ser un estudio de la naturaleza humana, no podéis tener una literatura cristiana. Es una contradicción en los términos intentar una literatura sin pecado del hombre pecador... La literatura lo registra todo.” “Si entonces por literatura se entiende la manifestación de la naturaleza humana en lenguaje humano,...aceptadla como es, o no tratéis de cultivarla.” (Id, p.31)

Pero Newman no sólo ve esta realidad; ve también el valor de la literatura en sí misma –al menos el de la gran literatura– .

De allí su clara respuesta:

“Incumpliríamos nuestro claro deber si dejáramos la literatura fuera de la educación. Porque preparamos los jóvenes para el mundo... La Universidad no es un convento ni un seminario... Proscribid la literatura secular como tal (no me refiero a determinados autores, libros o pasajes), eliminad de vuestros libros escolares todas las manifestaciones del hombre natural, y esas manifestaciones se hallan esperando a vuestros alumnos en la misma puerta del aula... Sorprenderán a vuestros jóvenes...sin que antes se les haya proporcionado ningún criterio sobre el gusto, ni se le haya dado regla alguna para distinguir ‘lo bello de lo vil’, la belleza del pecado, la verdad de los sofismas, lo inocente de lo venenoso.”

“Se le han negado los maestros del pensamiento humano, que podrían haberle de algún modo educado...Homero, Ariosto, Cervantes, Shakespeare, porque el viejo Adán vive en ellos. ¿Y para qué cosa les habéis preservado?... Para el mundo y sus periódicos, revistas, panfletos... –esa asfixiante atmósfera de muerte–...” (id, p.32)

Por lo tanto, ante este cuadro, Newman prefiere la buena literatura y la recomienda en la Universidad Católica: “La mejor línea de actuación para la Iglesia no es excluir la literatura, sino admitirla”. Eso sí:

“La Iglesia ha de hacer por la literatura lo que hace en otro sentido por la ciencia. Cada una encierra su imperfección, y la Iglesia posee el remedio para ambas. No teme el saber, y todo lo purifica. No reprime ningún elemento de nuestra naturaleza, y cultiva el conjunto” (id,p.32).

Por otra parte, está el deber de completar la visión del hombre. “La Iglesia aporta realidades olvidadas”. Así, con su verdad, completa el cuadro o los cuadros forjados por vía meramente natural.

Además, su intervención es indispensable para evitar “intrusiones” y “usurpaciones” indebidas en el ámbito que a ella sola le corresponde –su propio ámbito sobrenatural–. Explicándose al respecto en su discurso VII, Newman habla de las “ideas religiosas” que se forja el hombre por su cuenta. Observa que “la mente educada” (sólo por la razón) puede llegar y llega de hecho a ideas de índole religiosa, incluso “de algún modo verdaderas”, pero que “casi todas resultan falsas al no expresar la verdad completa” (id, p.21).

Sin la Revelación, el hombre puede forjarse, por ejemplo, “una religión de la imaginación y del sentimiento”, basada por ejemplo en “ideas de lo sublime, lo majestuoso y lo bello.” Puede “algunas veces reconocer la existencia de Dios, y otras revestir algún principio o cualidad desconocidos con los atributos de la perfección. Hace entonces de esta deducción de su razón, o creación de su fantasía, la ocasión de pensamientos excelentes y el punto de partida de doctrinas” –evidentemente desviadas o incompletas– (id, p.25).

Puede ser también que “la conciencia sea sustituida por un gusto moral o un sentimiento”, y que se llegue a “la insensibilidad de la conciencia”, a la ignorancia de la idea de pecado”, y de allí a “la contemplación de la propia coherencia moral”, a “la ausencia de temor”, a “la autoconfianza sin nubes”, a “la serena autoposesión de sí mismo”. “Aquí reconocemos al mero filósofo” –apunta Newman– poniendo como ejemplos a figuras tales como Juliano el Apóstata o Rousseau.¹²

Así también, ante tales pretensiones, olvidos o desviaciones, “el catolicismo aporta las realidades olvidadas”:

“Nos enseña la situación ruinosa del hombre, su completa incapacidad para conseguir el cielo si no es por la gracia de Dios”, que ésta opera “la conversión del hombre y la regeneración de la naturaleza”, y que “la incorporación a la Iglesia es el medio ordinario de salvación” (Id, p.15).

Sin esta ayuda y este aporte, la “religión filosófica” (o natural) se queda corta, resulta superficial y se desvía por caminos falsos.

“La teología completa y corrige”–dice Newman, y ello debe tenerlo en cuenta el estudioso de la literatura pues en las obras literarias aparecen con frecuencia

tales errores. Y su intervención resulta también necesaria para evitar lo que él –en el discurso IV– llama “invasiones” y “usurpaciones”:

*“La mente humana no puede dejar de especular y sistematizar, y si no se deja a la Teología su propio territorio, las ciencias adyacentes...ajenas a ella, lo ocuparán. Esta ocupación equivale a una usurpación:...estas ciencias ajenas asumirán como verdaderos ciertos principios y actuarán sobre ellos, principios que ellas no tienen autoridad para establecer...”*¹³

De allí que la teología deba reclamar lo que le compete e impedir que se invadan sus fueros propios. Por ejemplo, “no se ha de tolerar que se haga teología mediante la astronomía” (p.33). Newman insiste sobre este punto, pues observa que, “por no hallarse presente la Teología para defender sus propias fronteras e impedir las interferencias”, se ha llegado incluso al enfrentamiento y la hostilidad de las disciplinas naturales con respecto a la fe: “se ven enfrentadas con la religión al ser estudiadas con exclusividad y por sí mismas”; “la hostilidad, cuando se produce, coincide con una desviación de la ciencia respecto a su propio curso” (id, p.33).

Y aquí Newman pone un ejemplo que es de sumo interés para nuestro tema, pues se da en el ámbito de los estudios literarios:

“La gramática, por ejemplo, no parece apta, a primera vista, para sufrir perversión alguna, y sin embargo Horne Tooke hizo de ella vehículo de su peculiar escepticismo” (id, p.32).

Este alerta de Newman resulta particularmente importante y de actualidad. En efecto, si aquel autor que vivió entre 1736 y 1812 sembró el escepticismo al introducir el nominalismo en un tratado de gramática etimológica, en nuestros días hemos visto hacer lo mismo a Umberto Eco en sus obras de semiótica y hasta en una novela –*El Nombre de la Rosa*– en que justamente su nominalismo vicia, no sólo de escepticismo sino de falsedad, su presentación de la Edad Media. Este autor llega a decir que “hay que reírse de la verdad” pues no hay más que “nombres vacíos” –nombres aplicados arbitrariamente a las cosas– sin que podamos llegar a su médula o esencia. Y lo mismo ocurre con otras doctrinas, en apariencia sólo metodológicas,

como el formalismo y el estructuralismo, que socavan la fe empezando por negar la capacidad del intelecto para aprehender la realidad– la verdad de las cosas.

Y esto nos lleva al otro aspecto esencial de la literatura considerado por Newman: la literatura como arte de la Palabra.

La literatura como arte de la Palabra:
“Pensar y decir son inseparables.”

Este aspecto es analizado por Newman en la IIª conferencia que pronunció en la recién fundada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Dublin, titulada *La literatura*.

Newman plantea la cuestión sobre “cuál es el sentido de las Letras”, y comienza por distinguir entre el uso de las palabras en la ciencia y el uso de las palabras en la literatura. Mientras en la ciencia las palabras son usadas como símbolos objetivos y generales de cosas o verdades, en “la literatura son expresiones personales –palabras inseparables de su pensamiento, sentimientos y su persona.” “La literatura es el ejercicio personal del lenguaje”– afirma.

Visto este aserto dentro de su concepto de la educación del intelecto (que es el fin de la Universidad), resulta de una importancia capital, ya que tal educación tiende a eludir la pasividad, a activar personalmente las facultades mentales; lleva a pensar bien y por lo tanto a expresarse bien. Puesto que “pensar y decir son inseparables”, quien piensa bien, dice bien, y viceversa: decir bien es un índice de pensar bien.

Además, la literatura enriquece el lenguaje, y esto repercute necesariamente en el pensamiento:

“La literatura usa el lenguaje desplegado en su totalidad, incluyendo la fraseología, los modismos, el estilo, la composición, el ritmo, la elocuencia, y todas las demás propiedades que hay en él”.¹⁴

La literatura se convierte así en una escuela de pensamiento. El hecho de que el lenguaje, el estilo de cada autor, no es un simple adorno ni un agregado artificial, está demostrando justamente que “Pensar y decir son inseparables.”

Newman insiste y se explaya sobre este punto esencial:

“La materia y la expresión son partes de una sola cosa”. Cabe recordar al respecto “el significado de la

palabra griega que expresa la prerrogativa específica del hombre respecto de los animales: Logos. ¿Qué significa Logos? Vale tanto como razón y como habla, y es difícil decir a cuál corresponde mejor. Significa las dos cosas a la vez—¿por qué? Porque realmente no pueden ser separadas porque son una sola cosa en verdad. ¿Podemos separar la luz y la iluminación, la vida y el movimiento, lo cóncavo y lo convexo de una curva? Del mismo modo sería inconcebible que el vigoroso y fértil intelecto renunciara a su propio doble, su instrumento de expresión y canal de sus especulaciones y emociones” (Id, p.293).

La escritura, el estilo, la elocuencia, no han de ser tomadas entonces “como si fuesen un agregado externo a la materia tratada —una especie de ornamento sobreadosado, o un lujo concedido...”:

“Más bien, es el fuego interior del autor que fluye en el torrente de su encendida e irresistible elocuencia; es la poesía de su alma que se expraya en la Oda o en la Elegía; y su actitud mental, la belleza de su sentido moral, la fuerza y sutileza de su lógica, se reflejan en la ternura, o energía, o riqueza de su lenguaje. No las palabras solas, sino también el ritmo, el metro, el verso, son brotes simultáneos de la emoción o imaginación que lo poseen. Si vale el proverbio de que ‘el poeta nace, no se hace’, también vale para sus poemas: nacen, no se forjan...y esto es verdad no sólo para la poesía, sino también para la prosa en su debido grado...” (id, p.295-6).

Newman no niega que deba haber asimismo un proceso de “elaboración”—¿él que es poeta y prosista, lo sabe por propia experiencia!—, pero no a la manera del “mero hacedor de palabras que se preocupa poco o nada del tema que está embelleciendo”, sino al servicio de dicho tema:

“El verdadero artista tiene ante sí magnas y ricas visiones, y su único fin es exteriorizar lo que piensa o siente de una manera adecuada a la cosa de que habla y apropiada para el que habla” (Id, p.301).

En esto resulta ejemplar y educativo: está expresando “algo” —una visión o verdad contemplada— de manera personal, y a la vez adecuada para comunicarse.

Ello implica un intelecto activo que actúa sobre su tema y lo trabaja en la medida que modula el lenguaje a su servicio y al de la comunicación. Esto enseña también a los lectores o escuchas, y los incita a participar activamente, intelectualmente, de este intercambio.

Entonces Newman pasa a considerar la lengua utilizada, lengua compartida por muchos que así resultan enriquecidos, y la doble interacción: de la lengua al autor y del autor a la lengua:

“Un gran autor toma su lengua vernácula, la domina, en parte se mete él en ella, y en parte la modela y adapta, y derrama la multiplicidad de sus ideas a través de los variadamente ramificados y delicadamente exactos canales de expresión que ha encontrado o fraguado” (lo que hace tan difícil la traducción, pues “las lenguas no son idénticas”) (Id, p.300).

Y sintetiza en estas espléndidas definiciones:

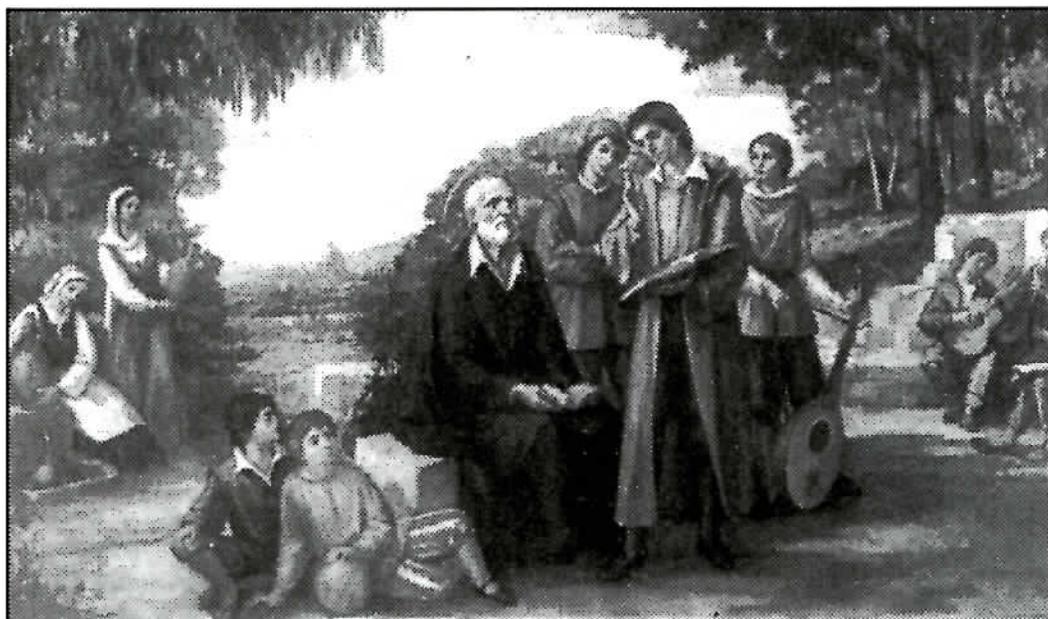
“Volviendo, pues, a mi cuestión inicial —cuál es el sentido de las Letras— he respondido que por Letras o Literatura se entiende la expresión del pensamiento en lenguaje, entendiendo por “pensamiento” las ideas, sentimientos, visiones, razonamientos y otras operaciones de la mente humana.

“Y el Arte de las Letras es el método por el cual el que habla o escribe manifiesta en palabras, dignas de su tema, y aptas para su auditorio o lectores, los pensamientos que lo han conmovido.

“La Literatura, pues, tiene un carácter personal; consiste en los enunciados y enseñanzas de aquellos que tienen derecho a hablar como representantes de sus semejantes, en cuyas palabras sus hermanos hallan una interpretación de sus propios sentimientos, un memorial de su propia experiencia y una sugestión para su propio juicio” (Id, p.306).

Cabe señalar que en las obras literarias de esta envergadura se realiza aquella “expansión de la mente” de la que antes había dicho que era el fin de la educación. Aquí el pensamiento abarca mucho: ideas, sentimientos, visiones, razonamientos y todas las operaciones de la mente humana”. Y a su vez, lo que ha conseguido personalmente cada autor en este sentido de “expansión de la mente”, puede repercutir en sus lectores contribuyendo a su propia expansión intelectual, estimulando su propio juicio personal.

Pero este influjo estimulante se produce en la medida en que el escritor haya sabido captar las inquietudes generales, reflejar lo que es común a to-



San Felipe Neri con jóvenes de Roma. Cuadro de Rafael Rosés Rivadavia.

dos, convirtiéndose así en representante de los demás, y no sólo los de su propio tiempo y ambiente, sino más aún, de la humanidad misma. De allí que resulte un factor de unidad:

“Por medio de los grandes autores los muchos se aúnan (“are drawn up into unity”), se fija el carácter nacional, habla un pueblo, el pasado y el futuro, Oriente y Occidente se comunican entre sí, —son los locutores y profetas de la familia humana” (Id, p.308).

Tal es para Newman el beneficio de la literatura —y no de cualquier literatura— sino de la producida por los que verdaderamente son “maestros del doble logos”, “artistas de la palabra y del pensamiento” conjuntamente:

“Un gran autor no es aquel que meramente tiene una copia verborum, y que puede, ya en prosa ya en verso, tornear a su antojo un cierto número de espléndidas frases e infladas sentencias, sino aquel que tiene algo que decir y sabe cómo decirlo. Su don característico es la facultad de Expresión. Es maestro del doble LOGOS, el pensamiento y la palabra, distintos pero inseparables entre sí. Sea que elabore sus composiciones, sea que deje brotar sus improvisaciones, en ambos casos tiene un único fin, que mantiene firmemente ante sí y que realiza con conciencia y sencillez. Este fin es manifestar lo que

tiene adentro....Su página es el espejo puro de su mente y su vida.”

“Siempre tiene la palabra justa para la idea justa, y ni una palabra de más”.

“Expresa lo que todos sienten pero no pueden decir; y sus dichos pasan a ser proverbios entre el pueblo y modismos del idioma...”.

“A estos llamamos clásicos. Necesariamente, por las circunstancias y la variedad de lenguas, y las peculiaridades de cada una, ellos están vinculados a las naciones particulares; pero en cuanto poseen un carácter universal y ecuménico, lo que ellos expresan es común a toda la raza humana, y sólo ellos son capaces de expresarlo” (Id, p.306-7).

De este modo Newman deja justificada su afirmación: que la gran literatura es insoslayable en la educación universitaria y que debe figurar en la Universidad Católica.

Lo que ha de hacer la Iglesia por la literatura. La “purificación” por la Verdad

Pero además, Newman afirma que hay ciertos principios y criterios específicos que en la Universidad Católica deberían aplicarse en los estudios literarios. Aquí también a la Iglesia le cabe un rol insoslayable:

*“La Iglesia ha de hacer por la literatura lo que hace en otro sentido por la ciencia. Cada una encierra su imperfección, y la Iglesia posee el remedio para ambas. No reprime ningún elemento de nuestra naturaleza, y cultiva el conjunto. No teme el saber, y todo lo purifica”.*¹⁵

La intervención de la Iglesia se vuelve tanto más necesaria en este campo de las obras literarias, cuanto en ellas las palabras poseen un sumo grado de persuasión y atracción:

“La literatura no argumenta, sino que declama y sugiere, es multiforme y versátil, persuade en vez de convencer, seduce y aprisiona. Apela al sentido del honor, o a la imaginación, o al estímulo de la curiosidad. Se abre camino mediante el humor, la sátira, el romance, lo bello y lo agradable. No es de extrañar que con una fuerza como ésta, la Iglesia deba tratar con vigor proporcionado a su impulsividad, que intervenga con mano firme, y que use su autoridad en la elección de sus estudios y de sus libros, que se harían tiranos si la razón y los meros hechos fueran los únicos instrumentos para lograr sus conclusiones. Pero en cualquier caso, el principio de la Iglesia es siempre uno y el mismo: no prohibir verdad de ninguna clase, pero vigilar para que sólo figuren bajo el nombre de “la Verdad” sólo aquellas doctrinas que lo merecen (id, p.33).

Según vemos, el gran “principio” de la Iglesia es un principio de verdad. La Iglesia debe intervenir para ayudar al discernimiento, sometiendo las obras literarias al juicio de la verdad, y de la verdad completa completada con el aporte de la Revelación.

Pero Newman ve que la Verdad no sólo contribuye a un “discernimiento” de tipo intelectual-racional (como el que bastaría en el campo de las ciencias), sino que también actúa suscitando un atractivo a más alto nivel que cualquier verdad natural. La Verdad (y Belleza) que ofrece la Palabra de Dios es capaz de por sí de ejercer una “fascinación” y es gracias a ella que las palabras humanas, toda vez que estén por ceder a las tentaciones del error o de la rebelión, podrán ser “purificadas”.

En este sentido, Newman aduce el ejemplo de San Felipe Neri, su maestro espiritual, fundador del Oratorio, por ser una figura eclesial que contribuyó de ese modo a elevar el nivel espiritual de su época. Al él le tocó actuar en Roma, nada menos que en pleno Renacimiento: “un tiempo en el que un nuevo mundo de pensamiento y de belleza

se abría ante la mente humana”, que “atraía por la fuerza de ese encanto”, pero que a la vez “trazaba círculos en torno al abismo, del que surgían formas paganas que tomaban cuerpo en ese espacio”. Y San Felipe enfrentó esta antítesis que se presentaba en la cultura, el arte y la literatura del Renacimiento, aplicando primero su discernimiento y optando luego por el camino de la “fascinación”. San Felipe vio lo bueno y lo malo —señala Newman—.

“Vio todo eso y se dio cuenta de que el mal había de ser vencido por la fascinación contraria que surge de la pureza y la Verdad” (Id, p.33).

Dicho en otras palabras: la elevación en lo cultural, artístico y literario supone una previa reorientación del corazón humano. Sólo el corazón tocado por la Verdad, atraído y fascinado por ella, y por cierto influido por la gracia, podrá producir obras mejores y más altas:

“La literatura de la raza humana no será pura y noble hasta que esta raza no se renueve. Es posible, desde luego, como idea, que la naturaleza inspirada por la gracia divina, se muestre con una originalidad de pensamiento y acción mayores incluso que la conseguida por la literatura universal. Pero si hemos de tener una literatura de santos, hemos de tener antes una nación de ellos” (Id, p.31).

Evidentemente, Newman ve que se trata de un ideal difícil, y no se hace ilusiones... Por ello, más modestamente, propondrá al menos el “*desideratum*” de una literatura católica lo cual también podría darse como resultado de la educación en la Universidad.

El “*desideratum*” de una “literatura católica”

Newman trata esta cuestión en un discurso titulado “*Literatura Inglesa Católica*”. Y empieza diciendo:

*“Uno de los principales objetivos que una Universidad Católica debería promover es la formación de una Literatura Católica en lengua inglesa.”*¹⁶

Tal objetivo constituye un *desideratum* puesto que la literatura inglesa, desde fines del siglo XVI y hasta el tiempo que escribe Newman, había sido mayoritariamente de inspiración protestante. “Debemos tener en cuenta este pasado” y “tomar las

cosas como son”, dice al respecto. Pero ello no impide que, desde el momento en que han entrado en escena tantos conversos al catolicismo, se pueda esperar que entre ellos aparezcan escritores. En vistas a esta posibilidad y para orientar su producción, Newman precisa su concepto de “literatura católica”:

“Por ‘Literatura Católica’ no ha de entenderse una literatura que trate exclusiva o primariamente de asuntos católicos -de doctrina católica, controversia, historia, personas o política- ; sino la que incluye todos los temas de la literatura, sean los que sean, tratados como los trataría un católico, y sólo como él puede tratarlos.” (Id, p.312).

De modo que, en todos los temas humanos e incluso exclusivos de los laicos, habría de transparentarse la fe y vivencia católicas de sus autores. Lo decisivo, pues, no es el tema en sí sino el presupuesto religioso de los escritores. Sin embargo, no es lo único: por cierto es necesario que escriban bien. En tal sentido, Newman se muestra realista: no pretende que produzcan obras de la talla de una *Divina Comedia*, por ejemplo, sino que toma en cuenta las posibilidades del momento.

Al proponer “la formación de una escuela católica de escritores” (id, p.339), les dice:

“Ésta no es una época de grandes escritores sino una época en que se escribe bien. Nunca hubo un tiempo en que la gente escribiese tanto y tan bien...”

“Los católicos deberían hacer igual que los demás; deberían contentarse con servir a su generación, promoviendo los intereses de la religión, exaltando la verdad, edificando a sus hermanos contemporáneos, por más que sus nombres no vayan a tener mucha fama y que sus obras no vayan a perdurar mucho más que ellos mismos” (Id, p.339-340).

En esta humilde y caritativa servicialidad se resume el pensamiento de nuestro autor: servicio a la palabra, a la verdad, a la religión, a los hermanos.

Para terminar, sólo cabría agregar dos cosas. Primero, que con su ejemplo y estímulo Newman logró la formación de una escuela católica de escritores de lengua inglesa en la segunda mitad del siglo XIX, que se ha prolongado desde entonces –autores de toda talla, entre los que se destacan

Gerald Manley Hopkins, Francis Thompson, Alice Meynell, Gilbert Keith Chesterton, Tolkien, a más de los anglocatólicos T.S. Eliot y C.S.Lewis, etc.–. Segundo, que la “promoción de una literatura católica” sigue siendo –como afirma Newman– “uno de los principales objetivos de una Universidad Católica”.

¹ J.H.Newman, *The Idea of a University*, Chicago, Loyola University Press, 1987. Las citas de los nueve discursos han sido tomadas de la traducción de José Morales Marín, publicada en nuestra revista “*Newmaniana*” (en cada caso cito el número correspondiente). Las citas de las otras tres conferencias, reunidas bajo el título *University Subjects*, han sido traducidas directamente del inglés de la edición antecitada.

² “*Newmaniana*” n° 17, p.18 (Prólogo)

³ “*Newmaniana*” n° 20, p.14 (discurso VI)

⁴ “*Newmaniana*” n° 20, p.23 (discurso VII)

⁵ “*Newmaniana*”, n° 17, p.21 (Prólogo)

⁶ *University Subjects I: Christianity and Letters*, p.267

⁷ “*Newmaniana*” n° 20, p. 28 (discurso VII)

⁸ *Christianity and Letters*, p. 281

⁹ “*Newmaniana*” n° 21, p.14 (discurso VIII)

¹⁰ “*Newmaniana*” n° 19, p. 25 (discurso IV)

¹¹ “*Newmaniana*” n° 21, p.30 (discurso IX)

¹² “*Newmaniana*” n° 21, p.19 (discurso VIII)

¹³ “*Newmaniana*” n° 19, p.33 (discurso IV: *Influencias de las otras ramas del saber en la teología*)

¹⁴ *University Subjects II: Literature*, p.291-292.

¹⁵ “*Newmaniana*” n° 21, p.33 (discurso IX)

¹⁶ *University Subjects III: English Catholic Literature*, p. 311

Parochial and Plain Sermons Vol II, 8, pp. 79-94
predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, a fin de año de 1834

La gloria de la Iglesia cristiana

(Festividad de Epifanía)

“Álzate y resplandece, porque viene tu lumbrera, y la gloria del Señor brilla sobre ti” (Isaías 60, 1).

Nuestro Salvador dijo a la mujer de Samaria, “la hora llega, en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre” (Jn 4, 2). Y en la Festividad de este día me es lícito decir con palabras Suyas pronunciadas en otra ocasión, “esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy”. En este día conmemoramos la apertura de la puerta de la fe a los Gentiles, la expansión de la Iglesia de Dios por todos los pueblos, que antes de la venida de Cristo, había estado limitada a una sola nación. Esta propagación de la Verdad por todo el mundo había sido el tema de las profecías. “Dilatad el lugar de tu tienda, que se ensanchen las pieles de tus pabellones; no seas parca en ello, alarga tus cuerdas, y afianza tus estacas. Pues te expandirás a izquierda y a derecha; porque tu prole poseerá las naciones, y poblará las ciudades desoladas” (Is 54, 2, 3). Con estas palabras se menciona a la iglesia como Católica, que es el título que distingue a la Iglesia cristiana en contraste con la Iglesia judía. Así la Iglesia cristiana está constituida para que pueda expandir sus ramas separadas por todos los pueblos de la tierra, para hallar en todas las naciones un representante y un retoño de la Sociedad sagrada y dotada, establecida por Nuestro Señor de una vez por todas después de Su resurrección.

Esta bendición peculiar de la Iglesia de Cristo, su naturaleza Católica, es un tema frecuente de regocijo en San Pablo, que fue el instrumento más importante para su propagación. En una de sus Epístolas habla de los Gentiles de Efeso como “coherederos” con los judíos, “miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa de Cristo por medio del Evangelio” (Ef 3, 6). En otra epístola se extiende sobre “el misterio que ahora ha sido revelado a los santos”, a saber: “Cristo entre los gentiles, que es esperanza de la gloria” (Col I, 26, 27).

El día en que conmemoramos este encuentro de gracia de la Providencia de Dios, se llama Epifanía, o manifestación brillante de Cristo a los gentiles, por ser el día en que los Reyes vinieron de Oriente guiados por una estrella, para adorarle y convertirse así en los primeros frutos del mundo pagano. El nombre está explicado en las palabras del texto bíblico inicial, que pertenece a una de las lecturas seleccionadas para la Liturgia de este día, y que se refieren a la Iglesia. “Álzate y resplandece, porque viene tu lumbrera, y la gloria del Señor brilla sobre ti. Pues las tinieblas cubren la tierra, y densa oscuridad a las naciones, se levante sobre ti el Señor y se deje ver sobre ti Su gloria. Y los gentiles vendrán hacia tu luz, y los reyes a ver el resplandor de tu nacimiento... Tu pueblo se compon-



San Pablo. Obra procedente de Os de Tremp. Siglo XIII (Museo de arte de Cataluña).

drá solamente de justos y herederán para siempre la tierra, serán renuevos plantados por Mí mismo, obra de Mis manos, para gloria Mía” (Isaías 60, 1-3; 21).

Todos sabemos que esta y otras profecías tuvieron su medida de cumplimiento con la venida de Cristo; cuando Su Iglesia, edificada sobre los Apóstoles y Profetas, se expandió desde Jerusalén como su centro al mundo pagano circundante, reunió en ella a hombres de todo rango, lengua y nación, y los formó sobre un solo modelo: el de su Salvador, en verdad y justicia. Así las profecías referentes a la Iglesia se cumplieron en ese tiempo en dos aspectos: el de su santidad y el de su Catolicidad.

Nos preguntamos con frecuencia, ¿han tenido estas profecías entonces y desde entonces su cumplimiento perfecto? ¿O hemos de esperar una Cristianización más completa del mundo de la que hasta ahora le ha sido otorgada? Y en el presente es común aceptar la última alternativa, como si las predicciones inspiradas significaran sin duda más de lo que hasta ahora ha sido verificado.

Hasta tanto, creo que está claro, juzgando por las apariencias, que el Evangelio ha de ser predicado en todas las naciones, antes de que llegue el fin: “Esta Buena Nueva del Reino será proclamada en el mundo entero, en testimonio a todos los pue-

blos. Entonces vendrá el fin” (Mt 24, 14). Si el Evangelio ha sido o no así predicado es una cuestión de hecho, que debe determinarse no por la profecía, sino por la historia; y allí podemos abandonar el tema. Pero en lo referente a la otra expectativa, que una época de mayor pureza está reservada para la Iglesia, no se dispensa fácilmente. Las palabras mismas de Cristo recién citadas, lejos de hablar del Evangelio como destinado a la conversión del mundo en general, cuando en él se predique, lo describe solamente como *testimonio* para todos los gentiles, como si la mayoría no fuese a obedecerlo. Y esta insinuación es paralela al relato de San Pablo de la Iglesia judía, verificando la fe y la obediencia solo en un resto de todo el pueblo; y San Juan lo ilustra más plenamente con sus palabras del Apocalipsis, cuando habla de “los redimidos de entre los hombres” que son solo un resto, “las primicias para Dios y para el Cordero” (Rom 11, 5; Ap 14, 4).

Sin embargo, y admitiré sin vacilar que al principio sentiremos cierto desgano para someternos a esta opinión, con pasajes ante nosotros como el que se relata en el capítulo undécimo de la profecía de Isaías, que promete, “No habrá daño ni destrucción en todo Mi monte santo; porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar” (Is 11, 9). Recordando textos bíblicos como estos, es natural que esperemos por lo que comúnmente se llama un Milenio. Luego tal vez sea provechoso en este día hacer ciertas observaciones para explicar el estado y las perspectivas de la Iglesia cristiana en este aspecto.

Ahora bien, el sistema de este mundo depende de un modo desconocido para nosotros, tanto de la Providencia de Dios como de la participación humana. Todos los actos de la vida, todas sus acciones, tienen dos fases: divina y perfecta, y pertenecen al hombre y llevan la marca de su pecado. De inmediato observo, que es una peculiaridad de la Sagrada Escritura representar al mundo en su aspecto providencial, atribuyendo todo lo que en él sucede a Aquél que lo gobierna y dirige, mientras continúa avanzando, atribuyendo el origen de los sucesos a Su sola intervención, o viéndolos solamente en cuanto El actúa en ellos. Así se dice que Dios endureció el corazón del Faraón, y obstaculizó a los judíos para que creyeran en Cristo; en esto se manifestó su Absoluta soberanía sobre el curso de la vida humana. Es común en la Escritura considerar las etapas de la economía de la salvación, no

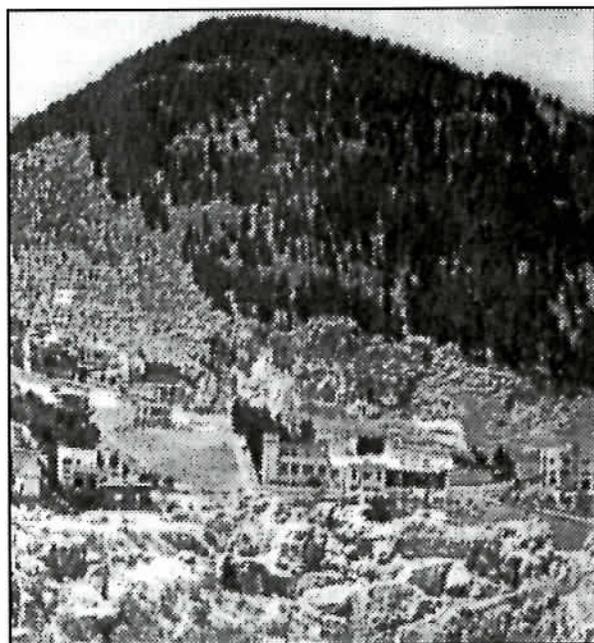
en su estado real, sino según como la iba formando Su intervención, y en cuanto esta logra lo que se propone. Por ejemplo: "Pero Dios que es rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, aún cuando estábamos muertos en el pecado, nos vivificó juntamente con Cristo" (Ef 2, 4-5). Esto lo dice el Apóstol como si en los corazones de los Efesios no quedaran rastros del pecado de Adán y de la muerte espiritual. Y como dice más adelante, "antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor" (Ef 5, 8).

En otras palabras, la Escritura habla del *designio divino* y de la *obra substancial*, más comúnmente que de la *medida* de cumplimiento que recibe en uno u otro tiempo; como San Pablo lo expresa cuando dice que los Efesios fueron elegidos para que "delante de El fueran santos e irreprehensibles en el amor" (Ef 1, 4). O cuando habla de la *profesión* de los cristianos, al decir, "como muchos de vosotros habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo" (Gal 3, 27); o de la *tendencia* del don divino durante mucho tiempo, y de sus *últimos frutos*; como en las palabras "Cristo amó a la Iglesia y se entregó El mismo por ella, para santificarla, purificándola con la palabra en el baño del agua, a fin de presentarla delante de Sí mismo como Iglesia gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5, 25-27) en la que el bautismo y la salvación final se ven unidos indisolublemente. Esta regla de la interpretación de la Escritura admite una explicación muy extensa que a continuación trataré de ilustrar.

El principio en consideración es este: que, mientras Dios es uno, y Su voluntad es una, y Su propósito uno, y Su obra es una; mientras que todo lo que El es y hace es absolutamente perfecto y completo, independiente de tiempo y espacio, y soberano sobre la creación inanimada o viviente, no obstante en Sus tratos reales con este mundo, es decir, en todo en lo que vemos Su providencia (en que el hombre es imperfecto y tiene voluntad propia, y vive en el tiempo y por las circunstancias), Dios parece obrar por un proceso, por medios y fines, por etapas, por victorias ganadas con dificultad, fracasos reparados y sacrificios arriesgados. Solo así es cuando percibimos Sus planes de salvación desde lejos, como los Ángeles los perciben, y vislumbramos su armonía y su unidad; mientras que la Escritura, anticipando el fin desde el principio, coloca al frente y en primer lugar de origen todo lo que les pertenece respectivamente en su plenitud.

Cierta ejemplificación de este principio la hallamos en el llamamiento de Abraham. En todas las épocas del mundo se ha mantenido como verdad que el justo vivirá por fe, pero quedó determinado en los secretos planes de Dios que por un tiempo esta verdad estaría parcialmente oscurecida, en tanto avanzara Su revelación; y que el hombre viviría por visión, milagros y ceremonias de culto religioso de este mundo que reemplazaban las providencias silenciosas y las ceremonias espirituales. En los últimos tiempos de la Ley Judía la doctrina original salió a la luz, y cuando el Objeto Divino nació en este mundo, fue presentado con autoridad por Sus Apóstoles como el fundamento de todo culto religioso aceptable. Pero considerad que esto ya había sido anticipado en el ejemplo de Abraham; la alianza evangélica, que no iba a ser predicada hasta dos mil años después, fue revelada y proyectada en su persona. "Creyó Abraham en Dios y le fue réputado como justicia". "Abraham se regocijó en ver Mi día; lo vio y se alegró" (Rm 4, 3; Jn 8, 56). Y, en el sacrificio que Dios le ordenó de su hijo amado, se vislumbró el verdadero Cordero que Dios había provisto como ofrenda del sacrificio sobre el fuego. Así en el llamamiento del Patriarca, en cuya Semilla todas las naciones serían bendecidas, se vislumbraron los grandes perfiles del Evangelio; en que Abraham fue llamado en la incircuncisión, que fue justificado por la fe, que confió en el poder de Dios para resucitar a los muertos, que esperó en el día de Cristo, y que se le concedió una visión del Sacrificio Expiatorio del Calvario.

Llamamos a estos oráculos popularmente hablando, *profecías*, y sin duda tales son para nosotros, y para que las recibamos y apliquemos agradecidamente. Pero más propiamente, tal vez, son meros ejemplos del armonioso movimiento de la palabra y obra de Dios, Su sello de los sucesos desde el principio, Su introducción de las mismas de una vez por todas, aunque no sean sino gradualmente reveladas a nuestras limitadas facultades en esta vida transitoria. Pareciera que en el tiempo en que Abraham fue llamado, se verificaron, por así decir, el desarrollo de la etapa judía de la Salvación y la venida de Cristo; en cierto sentido, para que sean verdaderamente realizadas y cumplidas. De aquí que en un pasaje, Cristo sea llamado "el Cordero degollado desde la creación del mundo"; y en otro, dice que "Leví pagó los diezmos" a Melquisedec, "por medio de Abraham" (Ap 13, 8; Heb 7, 9).



Sicar (o Siquem): el monte Garizim visto desde el pozo de Jacob.

Observaciones similares se podrían hacer en el llamamiento y reino de David, y la edificación del Segundo Templo (1).

De igual manera la Iglesia cristiana en el día de su nacimiento, tuvo toda la plenitud de santidad y paz con que se la identificó y selló, y embelleció, vista como designio de Dios, vista en su esencia, como se la ha verificado en todos los tiempos y bajo cualesquiera circunstancias, vista como obra de Dios sin la cooperación del hombre, vista como obra de Dios en su tendencia y en su bendición úl-

(1) En la circunstancia del Primer Templo claramente no existe la misma relación del sentido místico con el temporal. La predicción de la construcción del Templo de Salomón es simple; tal vez se relaciona pura y exclusivamente con el Templo mismo. Pero el Segundo Templo se levanta con una estructura diferente de profecía. Haggai, Zacarías y Malaquías, cada uno de ellos, han entregado cierta predicción simbólica del mismo, o con su sacerdocio y culto religioso. ¿Por qué esta diferencia en ambos casos? Creo que la respuesta es clara: es una diferencia referida obviamente a una relación más cercana del Segundo Templo con el Evangelio. Cuando Dios les otorgó el Primer Templo, este estuvo predestinado a la destrucción y a levantarse nuevamente, *bajo y durante* la primera economía. La antigua profecía, por tanto, estaba dirigida a la historia misma del Primer Templo. Pero cuando les otorgó su Segundo Templo, el cristianismo se vislumbraba más cercano; en ese segundo edificio estaba la perspectiva del Evangelio. Su restauración, por tanto, estuvo marcada por cierta profecía, con miras al Evangelio (*Davidson on Prophecy*, Discourse VI, part 4).

tima, para que los títulos que ha recibido en la tierra sean figura de lo que será en plenitud en el cielo. Esto también podría ejemplificarse en el caso de la Iglesia judía, como en la descripción de Jeremías: "De ti recuerdo la bondad de tu juventud, el amor de tu noviazgo, cuando me seguías tú por el desierto, por la tierra no sembrada. Consagrado al Señor estaba Israel, primicias de Su cosecha" (Jer 2, 2,3). Con referencia a la Iglesia cristiana, ya he citado un pasaje bíblico descriptivo de su bendición desde su primera fundación, a lo cual agregé a modo de ejemplo lo siguiente: "los gentiles verán tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y te llamarán con un nombre nuevo, que la boca del Señor proclamará. Serás también una corona de gloria en la mano del Señor, y una diadema real en la mano de tu Dios... Porque como se regocija el novio por su novia, así se gozará por ti tu Dios" (Is 62, 2,5). "Los montes se correrán y las colinas se moverán, mas Mi amor de tu lado no se apartará y Mi alianza de paz no se moverá —dice el Señor que tiene compasión de ti—. Todos tus hijos serán discípulos del Señor, y será grande la paz de tus hijos" (Is 54, 10, 13). "Mira, te he grabado en las palmas de Mis manos; tus muros están ante Mí perpetuamente.... Alza en torno tus ojos y mira; todos se han congregado y han venido a ti. ¡Por mi vida! —dice el Señor— que con todos ellos te revestirás como con velo nupcial, y con ellos te ceñirás como una novia" (Is 49, 16-18). "No se oirá más hablar de violencia en tu tierra, ni de desolación o quebranto en tus fronteras, sino que llamarás salvación a tus muros, y a tus puertas alabanza" (Is 60, 18). En estos pasajes bíblicos, que en su contexto se refieren ciertamente al tiempo de la venida de Cristo, están prometidas a la Iglesia una universalidad y pureza que tienen su cumplimiento en el curso de su historia, desde el principio al fin, delineadas y vistas como un todo.

Considerad también las representaciones que nos da la Escritura acerca del Reino de Cristo. En primer lugar lo llama el "Reino de los Cielos", pero en la tierra. También el himno de los ángeles lo proclama "paz en la tierra", de acuerdo con la descripción profética del Mesías como "el Príncipe de la Paz"; aunque El mismo, hablando del aspecto terrenal, no divino de Su economía, dijo que vino "no a traer la paz, sino la espada" (Mt 10, 34). Además, considerad el anuncio de Gabriel a la Virgen respecto a su Hijo y Señor: "El será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y Dios el Señor le dará el trono de David Su padre; y reinará sobre la

casa de Jacob por siempre, y Su reino no tendrá fin" (Lc 1, 32-33). O, como Ezequiel había profetizado del Salvador mismo: "yo suscitaré para ellos un solo Pastor que los apacentará"... Haré con ellos una alianza de paz, y exterminaré de la tierra las bestias feroces y habitarán en seguridad en el desierto y dormirán en los bosques. Y haré de ellos y de los alrededores de Mi monte una bendición, y enviaré a su tiempo la lluvia, que será lluvia de bendición" (Ez 34, 23.25.26). Vemos que en los dos últimos pasajes bíblicos citados, la Iglesia cristiana es considerada meramente como la continuación de la judía, como si el Evangelio existiera en su origen aun bajo la Ley.

Ahora bien, es una verdad innegable y bienaventurada que nadie está dispuesto a cuestionar, que cuando Cristo vino a la primera vez, Sus seguidores estaban en un estado de pureza espiritual muy superior al que presenciamos en la Iglesia hoy. Aquella gloria con la que resplandeció su rostro, como el de Moisés en la antigüedad, por la comunión con su Salvador en el Monte santo, es la prenda de lo que un día será perfeccionado; es un anticipo que se mantiene para nosotros en nuestra era de tinieblas, que Su promesa se mantiene segura, y admite cumplimiento. Ellos continuaron con "alegría y simplicidad de corazón, alabando a Dios, y obteniendo el favor de todo su pueblo". Aquí había una garantía de la bendición eterna, igual que la inocencia de un niño es precursora de inmortalidad santa, y como el manto bautismal, de lino fino, puro y blanco, es la justicia de los santos; una prenda de lo que fueron las promesas típicas hechas a David, Salomón, Ciro o Josué el sumo sacerdote. Pero al mismo tiempo las corrupciones de la iglesia primitiva, la incredulidad de los Gálatas y el exceso de los Corintios, muestran muy claramente que sus glorias primitivas no fueron más que una garantía, excepto en el caso de los individuos: una prenda del propósito de Dios, un testimonio de la depravación humana.

La misma interpretación se aplicará al relato escriturístico del Pueblo Elegido de Dios, el cual no es sino la Iglesia de Cristo bajo otro nombre. En su elección se les han concedido los dones de justificación, santidad y salvación final como sobre un solo cuerpo. Las perfecciones de Cristo han sido derramadas sobre ellos. Su imagen se refleja en ellos para que reciban Su nombre estando en El y ser amados por Dios en el Amado. Así en su elección, los privilegios sucesivos de los herederos de la luz se han sellado, para abrirse y gozarse en el

tiempo propicio. En el *propósito* de Dios, conforme a Su *gracia*, y en la *tendencia* y *efectos* últimos de Su economía, ser llamados y elegidos, es ser salvados. "A los que de antemano conoció, también los predestinó; a los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó" (Rm 8, 29, 30). Observad que se habla de todo el plan como de una realidad pasada; pues en Su designio secreto contempló desde la eternidad la obra entera, y habiéndola decretado, no es sino cuestión de tiempo, en el que tarde o temprano será verificada. Como el Cordero fue inmolado desde la fundación del mundo, así también Sus elegidos fueron reunidos desde el principio conforme a Su presciencia, que algunos una vez elegidos se alejarían (como sabemos que lo hacen) no es más incoherente con el anuncio solemne del texto bíblico recién citado, de lo que es hablar de un evento como pasado y perfecto, el cual es incompleto y futuro. Todos los accidentes están excluidos cuando El habla; el presente y el porvenir, los retrasos y los fracasos, desaparecen ante el pensamiento de Su obra perfecta. De aquí, que la palabra "elegidos" en la Escritura tiene dos sentidos, ambos para representar a aquéllos que son llamados en orden a la salvación y para los que en el último día serán el *verdadero fruto resultante* de ese santo llamamiento. La providencia de Dios se mueve por leyes excelentes y amplias; y Su palabra es reflejo de Sus designios, no el éxito parcial humano para frustrar Su voluntad benevolente.

La Iglesia, entonces, considerada como único ejército militante, avanza desde la casa de la esclavitud hacia Canaán, y logra lo que se ha profetizado de ella, aunque muchos soldados caen en la batalla. No obstante, estos permanecen dentro de sus líneas y están incluidos en su bendición por cuanto son partícipes de los dones que fluyen de su elección. Y de aquí que tanto énfasis ha de ponerse en la obligación del culto religioso unido; pues así la multitud de creyentes reunidos como un solo hombre clama por la gracia que se derrama sobre el único cuerpo indivisible del Cristo místico. "Donde dos o tres están reunidos en Su nombre, El está en medio de ellos", y más aún, ¡bendito sea Su nombre! El es uno solo con ellos de tal manera que ellos no se pertenecen, pierden por el momento sus impurezas terrenales, se hacen radiantes en Su santidad infinita, obtienen la promesa de Su favor eterno. Considerada como un solo cuerpo, la Iglesia es aún Su imagen pura e inmaculada, como

al principio, Su Esposa toda gloriosa por dentro, la Madre de los Santos, y según la Escritura, “única es Mi paloma, Mi perfecta. Ella, la única de su madre, es la preferida de la que la engendró... Eres toda hermosa, amada Mía, y no hay tacha en ti” (Ct 6, 9; 4, 7).

Y lo que es verdad de la Iglesia como un todo, en cierto sentido la Escritura lo representa como perteneciente también a cada uno de sus individuos dentro de ella. Quiero decir, que como el cuerpo cristiano fue ensalzado en la imagen de Cristo, que gradualmente y en el tiempo propicio se ha de verificar dentro de ella, de igual modo cada uno de nosotros, cuando se ha hecho cristiano, es dotado con los dones que se centran en la salvación eterna. San Pedro dice que somos “salvados” a través del bautismo (I Pe 3, 21); San Pablo que somos “salvados” por la misericordia de Dios, por medio “del baño de regeneración” (Tito 3,5); Nuestro Señor une el agua y el Espíritu (Jn 3,5); San Pablo une el bautismo con el revestimiento de Cristo; y en otra parte con el haber sido “santificados y justificados en el nombre del Señor Jesús, y en el Espíritu de nuestro Dios” (Gal 3, 27; I Co 6, 11). El mismo propósito tienen las palabras de nuestro Señor: “El que escucha Mi Palabra, y cree en el que Me ha enviado, *tiene* vida eterna y no viene a juicio, sino que *ha pasado* de la muerte a la vida” (Jn 5, 24).

Estas observaciones tienen la finalidad de demostrar el verdadero sentido en que debemos recibir las descripciones proféticas de la Iglesia cristiana por un lado, y por el otro, la concesión de sus privilegios y aquellos de sus miembros separados. Nada es más contrario al espíritu del Evangelio que el deseo de señales y milagros; y la regla de la interpretación de la Escritura, está particularmente adaptada para enajenarnos de tales divagaciones del corazón. Es nuestra obligación, o mejor nuestra bendición, caminar en la fe; por lo tanto aceptaremos las promesas por fe, con la ayuda de Dios; crearemos que se han cumplido, y disfrutaremos su fruto antes de verlo. Reconoceremos plena y firmemente persuadidos, que Su palabra no puede retornar a El vacía; que ella tiene su misión, y que debe prosperar substancialmente para concretarla. Adoraremos al Espíritu Santo mientras va y viene según le place y obrando diariamente milagros que el mundo no conoce. Consideraremos el Bautismo y las otras ceremonias religiosas cristianas como signos eficaces de gracia, no formas y sombras, aunque los hombres se abusen de ellos y los profa-

nen; y particularmente, en lo que respecta a nuestro tema inmediato, nos olvidaremos, como hombres sobrios y serios, de la expectativa de exhibicionismo público de la gloria de Dios en la edificación de Su Iglesia, viendo que es toda gloriosa por dentro, en ese santuario interior, formado por corazones fieles, e inhabitado por el Espíritu de gracia. Desecharemos, pues así debe ser, todos los puntos de vista seculares y políticos de las victorias de Su reino. Mientras trabajamos para unir sus fragmentos, que la malicia de Satanás ha esparcido de un lado a otro, para recuperar lo desechado, para purificar lo que está corrupto, para fortalecer lo que está debilitado, para hacerla en todas sus partes lo que Cristo hubiera querido de ella, una Iglesia Militante, aun cuando, quiera Dios, no contemos con ningún fruto visible de nuestro trabajo. Nos contentaremos con creer que nuestra causa ha triunfado, aun cuando la veamos aparentemente derrotada. Silenciosamente soportaremos los insultos de los enemigos de Cristo, y nos resignaremos mansamente a la vergüenza y al sufrimiento que los errores de Sus seguidores acarrean sobre nosotros. Soportaremos ofensas ante las que los primeros cristianos se asombraban y los mártires morían por reparar. Trabajaremos con celo, pero para el Señor y no para los hombres; recordando que aun los Apóstoles vieron los pecados de las Iglesias que ellos mismos fundaron; que San Pablo predice que “los malos y embaucadores irían de mal en peor” (II Tim 3, 13). Y que San Juan parece considerar una increencia extraordinaria, como el verdadero signo de los tiempos evangélicos, como si la luz aumentara la oscuridad de aquellos que lo odiaron. “Hijitos míos, es la última hora. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, aun ahora muchos Anticristos han aparecido, por lo cual sabemos que es la última hora” (I Jn 2, 18).

Por lo tanto, buscaremos dentro la Epifanía de Cristo. Miraremos hacia su Santo Altar, y nos acercaremos a él en busca del amor y la pureza que allí arden. Hallaremos consuelo y estaremos satisfechos con Sus celebraciones de culto religioso y Su Palabra. Bendeciremos y alabaremos Su Nombre, siempre que El se digne manifestarnos Su gloria en el casual encuentro con cualquiera de Sus Santos, y siempre rogaremos para que nos la manifieste en nuestras almas.

Traducción de Marta Chemes

El Santo Sacrificio

COMENTARIO PREVIO

Como ya hemos dicho muchas veces al publicar alguna parte de las "Meditaciones y devociones", estos escritos vienen a ser en la época católica de Newman la auténtica continuación de sus sermones anglicanos, por su estilo y como reflexión teológica. En correspondencia al Año Santo que es especialmente eucarístico, ofrecemos aquí las meditaciones sobre el Sacrificio de la Misa, así como la referida al Sagrado Corazón de Jesús.

XV. EL SANTO SACRIFICIO

1. LA MISA

1. Te adoro, Oh mi Señor Dios, con el más profundo temor reverencial por Tu pasión y crucifixión, en sacrificio por nuestros pecados. Tu sufriste ciertamente dolores incommunicables en Tu alma sin pecado. Fuiste expuesto en Tu cuerpo inocente a tormentos ignominiosos, mezclados de dolor y vergüenza. Fuiste desnudado y fieramente flagelado, vibrando Tu sagrado cuerpo bajo el azote como los árboles bajo las ráfagas de la tempestad. Así destrozado, fuiste, suspendido de la Cruz, desvestido, un espectáculo para todos los que te veían temblar y morir. ¡Cuánto implica todo esto, Oh Dios Poderoso! ¡Qué profundidad vemos aquí que no podemos penetrar! Mi Dios, sé bien que pudiste habernos salvado con Tu Palabra, sin sufrir Tú mismo, pero elegiste adquirirnos al precio de Tu sangre. Contemplo en Ti la víctima elevada sobre el Calvario, y sé y declaro solemnemente que esa muerte Tuya fue una expiación por los pecados

del mundo entero. Creo y sé que Tú solo pudiste haber ofrecido una expiación meritoria, porque era Tu divina naturaleza que otorgaba dignidad a Tus sufrimientos. Antes que yo pereciera de acuerdo a lo que merecía, Tú fuiste clavado al Árbol y moriste.

2. Semejante sacrificio no podía ser olvidado. No iba a ser, no podía ser, un mero acontecimiento en la historia del mundo, que fuera hecho y terminado, muerto excepto en sus oscuros efectos no reconocidos. Si esa gran muerte fue lo que creemos que fue, lo que sabemos que es, debe permanecer presente aunque ya pasó, debe ser un hecho establecido para todos los tiempos. Nuestra propia reflexión cuidadosa sobre el mismo nos dice esto, y entonces, cuando se nos cuenta que Tú, Oh Señor, aunque has ascendido a la gloria, has renovado y perpetuado Tu sacrificio hasta el fin de todas las cosas, no solo es la noticia más conmovedora y gozosa porque da testimonio de un Señor y Salvador tan compasivo, sino que lleva consigo el pleno asentimiento y simpatía de nuestra razón. Aunque

no hubiéramos podido ni siquiera atrevernos a anticipar una doctrina tan maravillosa, ahora que se nos la comunica, adoramos su misma conveniencia a Tus perfecciones, así como su infinita compasión para con nosotros. Sí, mi Señor, aunque has dejado el mundo, eres ofrecido en la Misa diariamente, y, aunque no puedes sufrir dolor y muerte, Te haces sujeto de indignidad y limitación para llevar hasta la plenitud Tu misericordia hacia nosotros. Te humillas diariamente, pues, siendo infinito, no puedes finalizar Tu humillación mientras existan aquellos por quienes te sometiste a ella. Por eso permaneces Sacerdote para siempre.

3. Mi Señor, me ofrezco a mi vez a Ti como sacrificio de acción de gracias. Tú has muerto por mí, y yo a mi vez me cedo a Ti. No soy mío. Tú me has comprado; yo quiero por propia acción completar la adquisición. Mi deseo es ser separado de todas las cosas de este mundo, limpiarme simplemente de todo pecado, poner a un lado aun lo que es inocente, si es usado por sí mismo y no por Tu causa. Renuncio a la reputación y al honor, a la influencia y al poder, pues mi alabanza y fuerza estarán en Ti. Hazme capaz de llevar a cabo lo que profeso.

2. LA SANTA COMUNIÓN

1. ¿Quién puede, Dios mío, ser habitado por Ti, excepto los puros y santos? Los pecadores pueden venir a Ti, pero a quién vendrías Tú excepto a los santificados? Dios mío, te adoro como el Santísimo, y cuando viniste a la tierra, preparaste una habitación santa para Ti mismo en el castísimo seno de la Virgen Santísima. Hiciste para Ti un lugar habitable especial. Ella no te engendró sin haber sido primero preparada para Ti, pues desde el momento de ser, fue llena de Tu gracia, de manera que nunca conoció el pecado. Y así, creció en gracia y mérito año tras año, hasta que llegó el tiempo en que Tú enviaste al Arcángel para comunicar Tu presencia dentro suyo. Tan santo debe ser el lugar que habita el todo Santo. Te adoro y te glorifico, Oh Señor, mi Dios, por Tu gran santidad.

2. Oh Dios mío, la santidad llega a ser Tu casa, y sin embargo haces Tu morada en mi pecho. Vienes a mí, Señor mío, Salvador mío, oculto bajo el semblante de cosas terrenas, aunque en esa misma car-

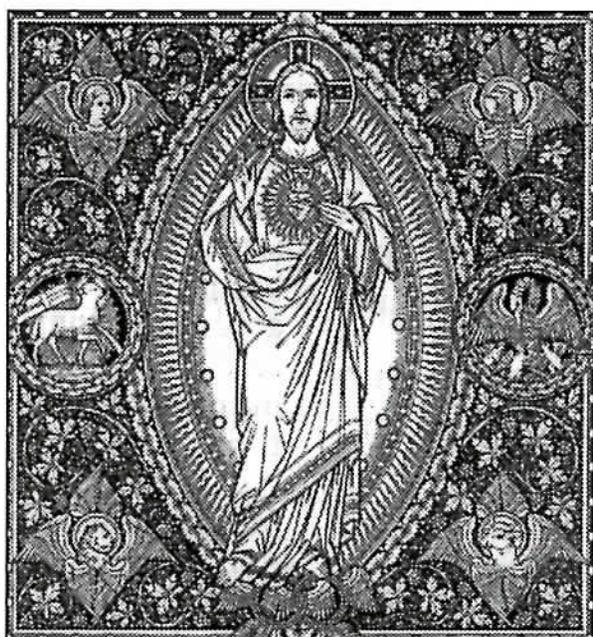
ne y sangre que tomaste de María. Tú, que primero inhabitaste el seno de María, vienes a mí. Tú me ves, Dios mío; yo no puedo verme. Aunque fuera tan buen juez de mí mismo, tan imparcial, y con una regla de juicio tan correcta, aun así, por mi misma naturaleza misma, no puedo verme, y verme verdadera y completamente. Pero Tú, al venir a mí, me contemplas. Cuando digo *Domine, non sum dignus* –Señor, no soy digno– Tú sólo, a quien me dirijo, entiendes en su plenitud las palabras que pronuncio. Tú ves cuán indigno, qué gran pecador, debe recibir al Único Santo Dios, a quien los serafines adoran con temblor. Tú ves, no solamente las manchas y cicatrices de los pecados pasados, sino también las mutilaciones, las hondas cavidades, los desórdenes crónicos que han dejado en mi alma. Tú ves los innumerables pecados existentes, aunque no sean mortales, en su poder y presencia, su culpa, y sus penas, que me cubren. Tú ves todos mis malos hábitos, todos mis malos principios, todos mis pensamientos rebeldes y caprichosos, la multitud de mis enfermedades y miserias, y aún así vienes. Ves de la manera más perfecta qué poco siento realmente lo que ahora mismo estoy diciendo, y aún así vienes. Oh Dios mío, no dejes que perezca bajo el temible esplendor y el fuego consumidor de Tu Majestad. Hazme capaz de llevarte, para que no tenga que decir con Pedro, “¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!”

3. Dios mío, permíteme llevarte, porque sólo Tú puedes. Limpia mi corazón y mi mente de todo lo que pasó. Borra todos mis recuerdos del mal. Líbrame de toda languidez, debilidad, irritabilidad y flojedad del alma. Dame una percepción verdadera de las cosas invisibles, y hazme preferirte, verdaderamente, prácticamente, y en todos los detalles de la vida, a cualquier cosa de la tierra, y el mundo futuro al presente. Dame coraje, un instinto verdadero para determinar entre el bien y el mal, humildad en todas las cosas, y un anhelante y tierno amor a Ti.

3. EL ALIMENTO DEL ALMA

*Sitivit in Te anima mea
Mi alma tiene sed de Ti*

1. En Ti, Oh Señor, viven todas las cosas, y Tú les das su alimento. *Oculi omnium in Te sperant*



—“los ojos de todos esperan en Ti”. A las bestias del campo les das comida y bebida. Ellas continúan viviendo día tras día porque Tú las haces vivir día tras día. Y, si no lo hicieras, sentirían su miseria inmediatamente. La naturaleza da testimonio de esta gran verdad, pues al momento les viene una gran agonía, y gritan, y frenéticamente rondan buscando lo que necesitan. Pero, en cuanto a nosotros, Tus hijos, nos alimentas con otra comida. Tú, Dios mío, que nos hiciste, sabes que no hay nada que pueda satisfacernos sino Tú mismo, y por eso has hecho de Ti mismo nuestra comida y bebida. ¡Oh, adorable misterio! ¡Oh, la más estupenda de las misericordias! Tú, el más glorioso, bello, fuerte y dulce, sabías bien que nada más que Tú mismo podría sostener nuestras naturalezas mortales, nuestros flacos corazones, y entonces tomaste carne y sangre humanas, que al ser carne y sangre de Dios, pueden ser nuestra vida.

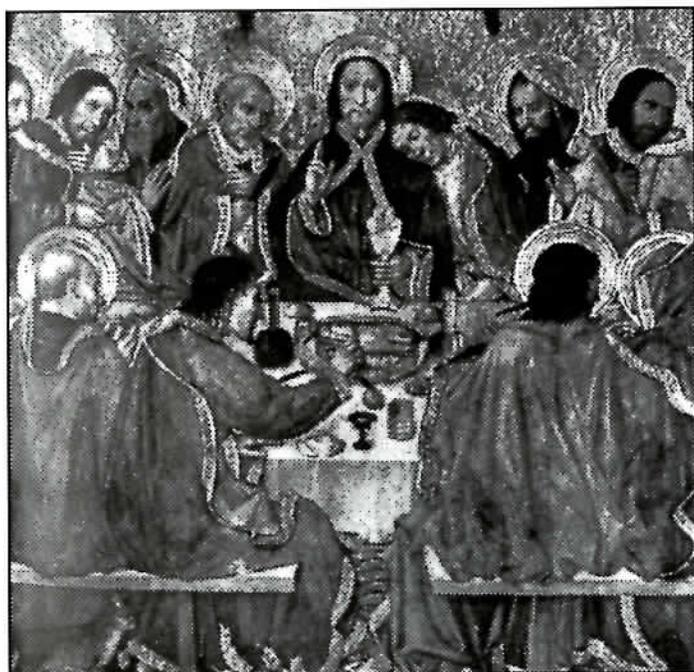
2. ¡Qué pensamiento tremendo! Te ocupas de otro modo con otros, pero en cuanto a mí, la carne y sangre de Dios es mi única vida. Perecería sin ello, pero ¿no pereceré con ello y por ello? ¿Cómo puedo alzarme a semejante acto de alimentarme de Dios? Oh, mi Dios, estoy en un apuro: ¿iré adelante o me echaré atrás? Iré adelante: iré a encontrarte. Abriré mi boca y recibiré Tu don. Lo hago con gran temor y temblor, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿a quién iría sino a Ti? ¿Quién puede sal-

varme sino Tú? ¿Quién puede limpiarme sino Tú? ¿Quién puede hacerme triunfar sino Tú? ¿Quién puede levantar mi cuerpo de la tumba sino Tú? Luego, vengo a Ti en todas estas necesidades, con temor, pero en la fe.

3. Mi Dios, Tú eres mi vida. Si te dejo, no puedo sino tener sed. Los espíritus perdidos en el infierno están sedientos porque no tienen a Dios. Sedientos, aunque de buena gana tendrían sed de otro modo según la necesidad de su naturaleza original. Pero yo, Dios mío, deseo tener sed de Ti con una sed mejor. Deseo ser revestido con esa nueva naturaleza que tanto suspira por Ti desde el amor a Ti, así como sobreponerme al temor de acercarme a Ti. Vengo a Ti, Oh Señor, no solo porque no soy feliz sin Ti, no solo porque siento que Te necesito, sino porque Tu gracia me mueve a buscarte por Ti mismo, porque eres tan glorioso y magnífico. Vengo con gran temor, pero con un más grande amor. Oh, que nunca pierda con el paso de los años, cuando el corazón se silencie, y todas las cosas sean una carga, no dejes que nunca pierda este juvenil, anhelante y elástico amor a Dios. Que Tu gracia pueda suplir el fracaso de la naturaleza. Haz más por mí, cuanto menos pueda yo hacer por mí mismo. Cuanto más rehuse abrir mi corazón a Ti, tanto más plenas y fuertes sean Tus visitas sobrenaturales, y tanto más urgente y eficaz Tu presencia en mí.

XVI. EL SAGRADO CORAZÓN

1. Oh Sagrado Corazón de Jesús, Te adoro en la identidad de la personalidad de la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Lo que pertenece a la Persona de Jesús, pertenece por ello a Dios, y debe ser adorado con la única y misma adoración que tributamos a Jesús. El no tomó Su naturaleza humana como algo distinto y separado de Sí, sino como simple, absoluta y eternamente Suyo, de modo de ser incluido en el mismo pensamiento que tenemos de El. Te venero, oh Corazón de Jesús, en cuanto eres Jesús mismo, esa Palabra Eterna, en la humana naturaleza que tomó plenamente y en la que habita plenamente, y por ello en Ti. Tú eres el Corazón del Altísimo hecho hombre. Al adorarte, adoro a mi Dios encarnado, al Emmanuel. Te adoro por soportar aquella Pasión que es mi vida, pues Tú te partiste y rompiste en la agonía, en el jardín de Getsemaní, y Tu contenido precioso se derramó, gota a gota



La Santa Cena. Tabla de J. Huguet. Siglo XV (Museo de Arte de Cataluña).

por las venas y los poros de Tu piel, sobre la tierra. Después, te consumiste hasta secarte sobre la cruz, y luego de morir fuiste traspasado por la lanza, ofreciendo lo poco que quedaba de ese inestimable tesoro, que es nuestra redención.

2. Mi Dios, mi Salvador, adoro Tu Sagrado Corazón, pues ese corazón es la sede y la fuente de todos Tus más tiernos afectos humanos hacia nosotros, pecadores. Es el instrumento y el órgano de Tu amor. Latió por nosotros. Suspiró por nosotros. Sintió dolor por nosotros, y por nuestra salvación. Se encendió de celo fogoso porque la gloria de Dios se manifestara en y por nosotros. Es el canal por el cual nos ha venido todo Su desbordante afecto humano, toda Su Divina Caridad hacia nosotros. Toda Su incomprendible compasión por nosotros, como Dios y Hombre, como nuestro Creador, Redentor y Juez, nos ha venido, y viene, mezclados en inseparable torrente, a través de ese Sagrado Corazón. Oh Sacratísimo símbolo y Sacramento de Amor, divino y humano, en su plenitud, Tú realmente me salvaste por Tu divina fuerza, por Tu afecto humano, y finalmente por esa milagrosa sangre con la cual te derramaste.

3. Oh Sacratísimo y muy amado Corazón de Jesús, estás oculto en la Santa Eucaristía y sufres aún por nosotros. Ahora como entonces dices *desiderio desideravi*, "con deseo deseé".¹ Te venero, pues, con todo mi mejor amor y reverencia, con mi ferviente afecto, con mi mayor sumisión y la más resuelta voluntad. Oh mi Dios, cuando condesciendes a sufrir que te reciba, te coma y te beba, y por un momento estableces Tu morada en mí, haz que mi corazón lata con el Tuyo. Purifícalo de todo lo que es terrenal, de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es duro y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de toda mortandad. Llénalo tanto de Ti, que ni los acontecimientos del momento ni las circunstancias de la época tengan poder de alterarlo, sino que en Tu amor y en Tu temor pueda hallarse en paz.

Comentario y traducción
P.Fernando María Cavaller

¹ "Y les dijo: Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de padecer" (Lc 22,15).

(Antología tomada de “El Misterio de la Iglesia”, editado por el International Centre of Newman Friends de Roma)

Lo sagrado en la liturgia

Los usos y ordenanzas de la Iglesia no existen por sí mismos; no tienen valor en sí mismos; no son suficientes por sí mismos, ... sino que dependen de una substancia interior, protegen el misterio, defienden el dogma, representan una idea, predicán la buena noticia, son canales de gracia. Son la forma externa de una realidad o hecho interno que ningún católico pone en duda, que se presupone como un primer principio, que no es un corolario de la razón sino el objeto de un sentido espiritual.

Diff. I 216 (1850)

No hay que admirarse de que, donde el pensamiento de sí mismo oscurece el pensamiento de Dios, languidezcan la oración y la adoración, y sólo florezca la predicación. La adoración de Dios consiste simplemente en contemplar nuestro Hacedor, Redentor, y Juez; pero hablar, conversar, hacer discursos, argüir, leer, y escribir sobre religión, tienden a hacernos olvidarlo para centrarnos en nosotros mismos.

Jfc. 337 (1838)

He aquí la diferencia entre el oficio de un profeta y un simple don, como el de hacer milagros. Los milagros son la mera y directa obra de Dios; quien los realiza no es sino su instrumento u órgano. Y en consecuencia no necesitan ser santos, porque no tienen, estrictamente hablando, ninguna parte en dichas obras. Igual-

mente el poder de administrar los Sacramentos, que también es sobrenatural y milagroso, no implica una santidad personal.

Mix. 366-367 (19.8.1849)

Cosa diversa es el oficio de predicar y profetizar. ... porque la verdad va primero a la mente del que habla, éste la aprehende y le da forma, y luego la hace brotar, por decirlo así, como de su fuente y padre. La palabra divina es engendrada en ellos, y ésta, como un hijo, lleva sus rasgos y nos habla de él. El predicador no es como “el animal tonto que habla con voz humana” que montaba Balaam, un mero instrumento de Dios [cfr. Nm 22-24], sino que “ha recibido una unción del Santo, y conoce todas las cosas” [1 Jn 2,20], y “donde está el Espíritu del Señor, ahí hay libertad” [2 Co 3,17]; y mientras él entrega lo que a su vez recibió, da fuerza a lo que siente y conoce. “Hemos *conocido y creído*” dice San Juan, “la caridad que Dios ha tenido para con nosotros” [1 Jn 4,16].

Mix. 367 (19.8.1849)

Así ha sucedido a lo largo de la Historia de la Iglesia: Moisés no escribe como David, ni Isaías como Jeremías, ni San Juan como San Pablo ... Cada uno tiene su propia manera, usa sus propias palabras, aunque al mismo tiempo dice las palabras de Dios. Ellos hablan por sí mismos, con sus propios argumentos, sus propias deducciones, sus propios modos de expresión.

Mix. 367.368 (19.8.1849)

Ahora, mis hermanos, ¿podéis imaginar que tales corazones, tales sentimientos, sean no-santos? ¿cómo podrían serlo, sin manchar, y por lo mismo anular, la palabra de Dios? Si una gota de corrupción convierte en despreciable el agua más pura ..., ¿cómo puede proceder de labios impuros y corazones terrenos la palabra de verdad y santidad? No; como es el árbol, así es el fruto; “guardaos de los falsos profetas”, dice el Señor; y luego añade: “por sus frutos los conoceréis. ¿O acaso se recogen uvas de las espinas o higos de los abrojos?” [Mt 7,15-16] ¿No es así, hermanos míos? ¿quién de vosotros iría a pedir consejo a otro, por más que fuese letrado, dotado, incluso anciano, si no lo estimase santo? En otras palabras, aunque pensases y sintieses que, respecto a la absolución, un mal sacerdote puede dártela con el mismo valor que un santo, sin embargo para buscar consejo o consuelo o instrucción, no irías a aquel que no respetases. “La boca habla de la abundancia del corazón”; “un buen hombre saca del tesoro de su corazón lo bueno; y un mal hombre saca lo malo” [Mt 12, 34-35].

Mix. 368 (19.8.1849)

El hombre encuentra que el mundo externo no es para él suficiente, y busca un refugio cercano más íntimo, más secreto, más puro, más tranquilo y estable.

P.S. IV 188-189 (22.10.1837)

Creer en Dios es creer en el ser y la presencia de Aquel que es todo Santo, Todopoderoso, y todo Gracia; ¿cómo puede un hombre realmente creer todo esto, y luego sentirse libre de Él?

P.S. VIII 5 (30.10.1836)

Creer sin reverencia, adorar con familiaridad y a sus anchas, es una cosa anómala y un prodigio desconocido aun para las religiones falsas, para no decir nada de la verdadera... La adoración, las formas de culto –tales como doblar la rodilla, quitarse los zapatos, guardar silencio, un vestido prescrito y cosas semejantes– se consideran necesarios para acercarse debidamente a Dios.

P.S. VIII 5 (30.10.1836)

La Bendición con el Santísimo Sacramento es uno de los ritos más sencillos de la Iglesia... Es la solemne bendición de Dios a Su pueblo, como cuando extendió las manos sobre los niños, o cuando bendijo a Sus elegidos al ascender desde el Monte de los Olivos. Como los hijos pueden acercarse a su padre antes de ir a la cama por la noche, así ... la gran familia Católica viene ante el eterno Padre, tras el barullo y las preocupaciones del día, y El la sonríe, y derrama sobre ella la luz de Su Semblante. Es el cumplimiento de aquello que el Sacerdote invocó sobre los Israelitas: “Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor te muestre Su faz y tenga misericordia de ti; que el Señor vuelva Su Rostro a ti y te dé Su paz” [Nm 6, 24-26].

Prepos. 255 (1851)

Todo lector atento de la Escritura debe ser consciente de cuánto se subraya el deber de la suntuosidad y magnificencia en el servicio público de Dios.

P.S. VI 295 (23.9.1839)

¿Acaso el Salvador ha dicho que la magnificencia en el culto de Dios, la magnificencia de Su casa, de su mobiliario, y de sus decoraciones, es algo erróneo, erróneo desde que El ha venido al mundo? ¿Acaso El nos ha disuadido de construir hermosas Iglesias, o de hacer un hermoso ceremonial religioso? ¿Acaso El nos ha exhortado a la tacañería? ¿Acaso nos ha mandado descuidar la perfección arquitectónica? ¿Acaso El ha insinuado que preferiría que pusiésemos menos empeño en el ritual externo? Al rechazar la oferta de Herodes, ¿acaso prohibió la devoción de los Cristianos? Así piensan muchas personas. No exagero al decir que ellas piensan que mientras más sea casero y familiar el culto, será más espiritual. Y argumentan que buscar la belleza externa en el servicio del Santuario, es actuar como los fariseos, siendo hermosos por fuera y huecos por dentro; que mientras los fariseos pretendían una religiosidad y santidad externa no la tenían interna, y por tanto, cualquiera que busque lo externo de la religión, sacrifica lo interior.

P.S. VI 298-299 (23.9.1839)

Lo que Él condenó fue lo siguiente: el mostrar gran atención a lo externo, *mientras se descuida lo interior*, que es lo más importante. Esto es lo que El mismo afirma al denunciar a los fariseos: “Esto debíais hacer”, les dijo, “*sin descuidar lo otro*”, lo interno. [Mt 23,23]

P.S. VI 301-302 (23.9.1839)

Aquellos que descuidan la gravedad y gentileza en el culto, con pretexto de orar de manera más espiritual, olvidan que Dios es el Creador de *todas las cosas, visibles e invisibles*; que es el Señor de los cuerpos, tanto como de las almas; que debe ser adorado tanto en público como en secreto ... no hay dos Dioses, uno materia y otro espíritu; uno de la Ley, otro del Evangelio. Sólo hay un Dios, y El es Señor de todo cuanto somos y tenemos; y por tanto, todo cuanto hacemos debe llevar Su sello y Su firma. Sin duda hemos de comenzar con el corazón; porque del corazón procede todo bien y mal; pero aun cuando comencemos con el corazón, no debemos terminar en él.

P.S. VI 304 (23.9.1839)

Seamos ... al menos tan exactos y decentes en el servicio de Dios como lo somos respecto a nuestras personas y nuestras casas.

P.S. VI 311 (23.9.1839)

No olvidemos jamás que todo cuanto podemos dar, aun cuando provenga de Su creación, no tiene valor en comparación con los más preciosos dones que El nos proporciona en el Evangelio. Aunque nuestra Fuente y Altar fuesen de mármoles costosos, aunque nuestros cálices fuesen de oro y joyas, aunque nuestras paredes estuviesen cubiertas con ricas tapicerías, ¡qué es todo ello en comparación con Cristo, el Hijo de Dios e Hijo del hombre, presente aquí, aunque invisible! Usemos las cosas visibles no para ocultar, sino para recordarnos las cosas invisibles...

P.S. VI 312 (23.9.1839)

Ni el oro, ni la plata, ni las joyas, ni los lienzos finos, ni la habilidad del hombre para utilizarlos, forman la casa de Dios; sino los fieles, las almas y cuerpos de los hombres a quienes El ha redimido. No las almas solas, sino que El toma posesión de todo el hombre, cuerpo y alma...

P.S. VI 287 (22.9.1840)

Nuestras lenguas deben predicarlo, y nuestras voces cantarle, y nuestras rodillas adorarle, y nuestras manos suplicarle, y nuestras cabezas inclinarse ante El, y nuestras semblantes reflejarlo, y nuestro porte anunciarlo. De aquí surgen las formas de oración, el culto en común, las ceremonias devocionales, la organización de los servicios, órdenes y ministerios, los ornamentos sagrados, la música solemne, y otras cosas semejantes; todas ellas son, por decirlo así, la entrada en este mundo del Invisible Reino de Cristo.

P.S. VI 287-288 (22.9.1840)

El templo es mayor que el oro; por tanto no os preocupéis, aun cuando faltase el oro: el templo santifica el oro, y por tanto apreciadlo cuando lo haya. Cristo está con nosotros, aun cuando no hubiese una muestra externa ... Las paredes de piedra no forman la Iglesia. Aunque éstas formasen el edificio más amplio, noble y rico de la tierra, sin embargo Cristo no estaría con aquellos que predicán otro evangelio diverso del que El nos ha dado una vez para siempre... El templo es lo que santifica el oro; ninguna otra cosa fuera de la Presencia invisible y celestial santifica todos los sitios y cosas. Magnífico o pobre, costoso u ordinario, sólo esa Presencia santifica tanto los fieles como el edificio.

P.S. VI 290-291 (22.9.1840)

La oración es la práctica de volverse a Dios y al mundo invisible en todo tiempo, en todo lugar, en cualquier emergencia ...

P.S. IV, 230 (10.12.1837)

Esta es la verdadera y efectiva regeneración: cuando la semilla de la vida enraíza en el hombre y toma fuerza. Tales hombres han estado acostumbrados a hablar a Dios, y Dios siempre les ha hablado ...

P.S. IV 234 (10.12.1837)



TARJETA DE SUSCRIPCION 2001

DESEANDO SUSCRIBIRME A NEWMANIANA
POR EL AÑO 2001 (N° 32, 33 y 34), REMITO LA SUMA DE:

\$ 20.- (SUSCRIPCION ORDINARIA)

\$ 30.- (SUSCRIPCION DE APOYO)

ENVIAR CHEQUE O GIRO POSTAL A LA ORDEN DE *FERNANDO MARIA CAVALLER*, O EN EFECTIVO

NOMBRE _____ APELLIDO _____

INSTITUCION _____

CARGO _____

DIRECCION _____

COD. POSTAL _____ CIUDAD _____

PROVINCIA (ESTADO) _____ PAIS _____

TELEFONO: _____ FAX: _____ email: _____

CALLE 24 N° 1630 (1900) LA PLATA

“

En verdad no somos llamados solamente una vez, sino muchas: Cristo nos está llamando a lo largo de toda nuestra vida.

Nos llamó primero en el bautismo, pero después también. Obedecemos su voz o no, nos llama bondadosamente aún. Si caemos después del bautismo, nos llama al arrepentimiento. Si nos esforzamos por completar nuestro llamado, El nos llama a continuar de gracia en gracia, de santidad en santidad, mientras nos es dada la vida. Abraham fue llamado desde su casa, Pedro desde sus redes, Mateo desde su oficio, Eliseo desde su granja, Natanael desde su retiro.

Todos nosotros estamos en vías de ser llamados, constantemente, de una cosa a otra, sin tener lugar de descanso, pero escalando hacia nuestro eterno descanso, y obedeciendo un mandato solamente para tener otro sobre nosotros. El nos llama una y otra vez, en orden a justificarnos una y otra vez, y más y más, una y otra vez, santificarnos y glorificarnos.

Estaría bien que entendiéramos esto, pero somos lentos en aprender la gran verdad: que Cristo está como caminando entre nosotros, y por Su mano, o Su ojo, o Su voz, mandándonos que le sigamos. No entendemos que Su llamado es algo que ocurre ahora. ”

*Divinas llamadas
(Parochial and Plain Sermons VIII,2, pp 23-24)*